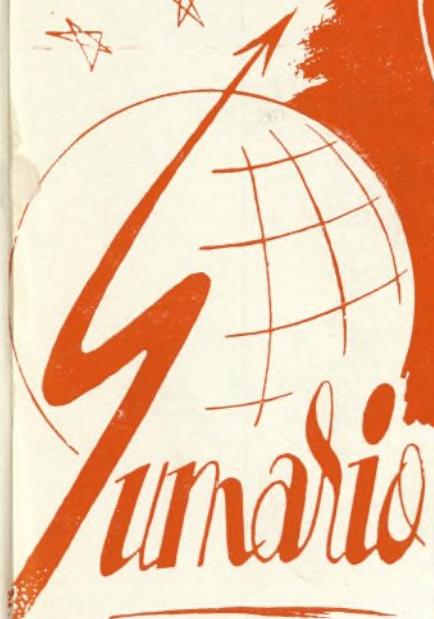


# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura



**Federica Montseny:** Stig Dagerman, o la tragedia del genio.—  
**Stig Dagerman:** A la España de los luchadores por la libertad, vivientes y muertos.—  
**Herbert Read:** La educación del hombre.—  
**Eugen Relgis:** El «imperialismo» literario.—  
**S. Vergine:** Tres mil años de terror militar. El pillaje y la destrucción de civiles a través de los tiempos.—  
**Jack Swartzman:** Tcharvaka, herético materialista.—  
**Vladimiro Muñoz:** Alain Gerbault, sabio del Océano.—  
**J.R.:** Ecos de la vida inglesa. La cruzada contra la «obsenidad» en Inglaterra.—  
**Angel Samblancat:** Irracionalismo.—  
Documentaciones. Prehistoria de los transportes marítimos.—  
**Juan Cano Ruiz:** Friso.—  
**Ugo Fedeli:** Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana.—  
**Ricardo Mella:** Ideario (folletón encuadernable).



DICIEMBRE  
1954

4.8

Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.

Ayuntamiento de Madrid

## NUESTRA PORTADA

# STIG DAGERMAN

El reciente suicidio de Stig Dagerman ha actualizado nuevamente su obra y su personalidad. Pensador, poeta y novelista, a los 31 años era ya considerado uno de los maestros de la literatura escandinava.

CENIT le dedica amplio espacio en este número, deseando que los lectores de habla española conozcan la obra, la vida y el fin trágico de este hombre excepcional, tan pronto evadido del mundo de los vivos. Las dificultades de la traducción, sobre todo en arte poético, dan una idea defectuosa de lo que fué Stig como poeta. Pero en ambos trabajos reproducidos en estas páginas — el uno recitado por un rapsoda el 1.º de Mayo de 1950 en una fiesta celebrada en el local social de la S.A.C., y el otro reproducción fotográfica de una poesía dedicada el mismo día por Stig Dagerman a la compañera Federica Montseny, entonces en Estocolmo — aparece ferviente su solidaridad profunda con el pueblo español y su lucha por la libertad.

Stig Dagerman, aparte centenares de poesías publicadas en «Arbetaren» y en diversas publicaciones, ha dejado escritas numerosas novelas, de fondo social y filosófico, entre las que se destacan principalmente «La serpiente», «La isla de los condenados», «Los juegos de la noche» (recopilación de varias novelas cortas, unidas, sin embargo, por una trama común), «La niña quemada», etc.

Además escribió un documento sobre la Alemania de después de la guerra, titulado «Otoño alemán», considerado el libro mejor, más hondo, más objetivo, de análisis más honrado y más exacto, de lo que es la Alemania de hoy.

CENIT se asocia al dolor producido en todo el mundo literario, en los medios de vanguardia de los países escandinavos, y de una manera especial entre los compañeros de Suecia, por la pérdida temprana y trágica de este escritor, que tantos frutos de su genio había ya dado a la humanidad y con el que tantas posibilidades de creación generosa y elevada desaparecen para siempre.

## CENIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Mariano Viñuales, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Elanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 20 francos.

Faqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

Ayuntamiento de Madrid

# CENIT

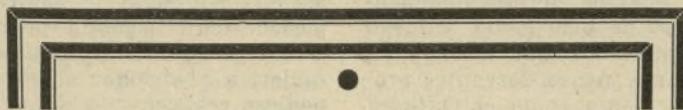
REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año IV

Toulouse, Diciembre 1954

N° 48

## STIG DAGERMAN, O LA TRAGEDIA DEL GENIO



**STIG DAGERMAN** se ha suicidado. Así, simple y brutalmente, las agencias han dado la noticia. Según parece extraerse del resultado de la investigación policiaca, Stig consiguió acabar con su vida asfixiándose en el garage de su casa con el óxido de carbono, repitiendo ya un gesto abortado en 1953. A los treinta y un años, en plena gloria, después de

haber rehecho su vida, casándose en segundas nupcias con la actriz sueca, gracias al cine ya de fama mundial, Anita Björk.

Así concluye la noticia. Y nadie pregunta: ¿Por qué se ha suicidado Stig? Aparentemente, estaba enfermo: una gran fatiga mental y nerviosa le había llevado ya a una clínica psiquiátrica en 1950. Pero para mí esa explicación no basta. ¿Por qué se ha suicidado Stig? ¿Por qué no ha podido triunfar de la enfermedad, de la crisis, de la vida, en suma?

\*

El hecho de haberle conocido personalmente en 1950; de haber convivido con él; de haberme alojado en su misma casa; de conocer a su primera esposa y a sus hijos, el ambiente que le rodeaba; de haberme inclinado con curiosidad y con simpatía, con un poco de piedad y mucha admiración sobre el hombre y el escritor, sobre su drama presentido, sobre su gloria fulminante y su tragedia evidente, me dan el derecho de intentar escribir esta semblanza.

Stig surgió de nuestros medios. Empezó escribiendo en «Arbetaren» y ha terminado escribiendo siempre

en «Arbetaren»: una poesía diaria, durante muchos días y bastantes años. Cuando escribió su primer libro, «Ormen» —«La serpiente»— Stig no contaba todavía veinte años. Esa obra le colocó inmediatamente al frente de la juventud literaria sueca, agrupada alrededor de una revista titulada «40» y los números que a 40 seguían, a medida que pasaban los años que nos llevan de ese 40 a este 54. Su estilo, mezcla del simbolismo individualista de Ibsen con el pesimismo simbolista de Kafka, tenía sin embargo un sello personal, singular. Ya no era el adepto de una escuela, sino el creador de una nueva corriente literaria, impregnada de todo el nihilismo angustioso de estos terribles años. La generación del 40, de la que él se hizo el máximo exponente en Suecia, estaba, en efecto, marcada por todo lo que fueron y restarán siendo en la historia los terribles años que han seguido a aquel 40 simbólico. Desesperación, pérdida de toda fé en el hombre, degradado, destruido como valor individual y colectivo, reducido a la más espantosa de las miserias en los campos de concentración. Pérdida de toda esperanza en los destinos de la humanidad, amenazada de destrucción por los mismos progresos de la ciencia —edad atómica, iniciada por el horror de la bomba de Hiroshima. Pérdida de todo impulso interior, de toda fé íntima en algo, en la eficacia y el apostolado de ninguna idea. He aquí la tragedia de la generación del 40, de la que fué máximo exponente Stig Dagerman en Suecia, sobre todo a través de su obra «La Isla de los Condenados».

Pero lo trágico, lo angustioso y lo grande del hombre, es que todo eso no fué para él nunca literatura. Sinceramente, la literatura tradujo un estado de

ánimo, una crisis profunda de la conciencia: demasiado joven para saber esperar; demasiado absoluto en sus sentimientos y en sus pensamientos, Stig fué de los que, no pudiendo creer en Todo, no pudieron creer en Nada. Stig, en cierto modo, es el símbolo mismo del drama espiritual de la juventud moderna, herida de muerte moral, de muerte íntima, por lo que han sido las aberraciones y los horrores de la pasada guerra.

Además, por sí ello no bastara en un espíritu nórdico, nacido y perdido entre las brumas y la nieve, nueve meses del año sepultado por las inclemencias del clima, faltado de sol exterior y de sol interior, en Stig había una exigencia interna permanente, extenuante. Stig quería superarse. A sí mismo se imponía un crescendo incesante en su creación artística. Desde «La serpiente» a «Otoño alemán», el ascenso había sido constante. Pero después de «Otono alemán», considerada el mejor documento escrito sobre la Alemania de después de la guerra, obra dedicada todavía a Ana María, su primera esposa, hija de compañeros alemanes y educada en España, Stig sintió que su genio no le daba la inspiración necesaria para crear otra obra maestra. Absoluto también en esto, no aceptaba lo que, sin embargo, se ha producido en todos los escritores. Unos cuantos libros fundamentales, las «operas mayores» de todo genio, y luego una multitud de «operas menores», que acompañan generalmente la obra maestra. ¿Acaso Cervantes produjo otro libro tan importante como el Quijote? ¿Acaso Milton hizo obra parecida a «El Paraíso perdido»? ¿Dante produjo algo superior a «La Divina Comedia»? Sólo Shakespeare aparece con unas cuantas obras robustas y de talla parecida. Pero Stig las tenía escritas ya: «La isla de los condenados», «La serpiente», «Otoño alemán», no desmerecían la una de la otra.

Más él aspiraba a una proyección constante, siempre en superación, de su genio sobre el mundo. El día que se sentó ante su mesa y su cerebro se negó a funcionar como él quería; el día que tuvo que rasgar, por mediocres, según él, unas cuartillas, se produjo su primera crisis. Erró unas horas por los bosques: en «Arbetaren» esperaban sus cuartillas, y en lugar de ellas fué la noticia de que Stig, medio atontado, medio amnésico, había debido ser llevado a una clínica, lo que llegó a la redacción del diario.

\*

¿Me estará permitido inclinarme también, con inmensa lástima e infinita tristeza, sobre el hombre y su drama?

Stig comenzó a escribir muy joven y se casó todavía más joven. Amores casi infantiles con Ana María, la hija de Fernando y Elly Götze, mi intérprete y mi compañera de excursión por Suecia. Los dos nacieron juntos a la vida del corazón y del sexo. Pronto un hijo selló esta unión. Y pronto también vino la gloria. Y con la gloria, todas las solicitudes de la vida para Stig. Las mujeres le perseguían literalmente, como persiguieron antaño a Carlyle, a Lord Byron, a Shelley, a Victor Hugo, ¡qué sé yo! A todos los hombres que, por su belleza, su inteligencia o su fuerza, consiguen ser saludados por las trompetas de la fama.

Ana María era la compañera, la madre de sus hijos, el ama de llaves de su casa, la secretaria, la cocinera, todo cuanto de humilde y de generoso, de abnegado y de obscuro puede ser una mujer para un hombre célebre. ¡Cuántas veces la comparé a la mujer de Carlyle!

Porque Stig, aparte de su genio y quizá a causa de su genio, era un hombre absolutamente incapaz de luchar con la vida, por la vida y en la vida. Era más inútil y más indefenso que un niño. Veo aún sus grandes ojos luminosos, con un fondo de insondable tristeza, su gran frente de pensador y su sonrisa silenciosa. Era un taciturno, que en todas partes se sentía extraño y cohibido. Sólo era él en su estudio, lleno de libros y de cuadros, bañado de luz, rodeado de bosque, donde yo pasé noches maravillosas, noches de sol, en esa prodigiosa primavera sueca en que el astro que muere se reúne con el astro naciente.

Este solitario, lanzado por la gloria en pleno torbellino del mundo, ¿qué papel podía jugar en él? Había de ser forzosamente víctima de las rivalidades, de las intrigas, de las pasiones.

El largo y callado sacrificio de Ana María estaba también condenado a tener un fin. Ella soportó muchas cosas, porque le comprendía, le amaba, sabía que sin ella Stig sería un náufrago en medio de una tempestad. Pero llegó un momento en que Ana María estuvo obligada a esfumarse, a ceder su sitio a otra mujer; a abandonar el hogar de Stig, para que Stig pudiese rehacer su vida. El hogar —la hermosa casa donde yo estuve un día, alegrada por los gritos y las risas de los niños— está vacío. Ana María y los dos hijos de Stig viven cerca de los abuelos y Stig en otra casa, con Anita Björk. Ana María le acompañó y le sostuvo mientras no hubo otra mujer con derechos adquiridos sobre Stig; mientras pudo cerrar los ojos ante las aventuras pasajeras. Pero llegó un instante en que la propia conciencia le dictó el deber, el último sacrificio a realizar para la felicidad y el porvenir del hombre que había amado con su primer amor de niña y de mujer.

Pero, ¿qué habrá sido de Stig sin Ana María, sin ese brazo seguro sobre el cual apoyarse, sin ese corazón femenino, que fué para él la madre que no conociera? Porque eso fué, sobre todo, Ana María para Stig: la mujer-madre del hombre-niño, marcado cruelmente por el genio, por él exaltado y reducido.

\*

Toda la vida de Stig está aureolada de tragedia. Hijo de una familia humilde, su infancia fué triste y penosa. Su madre murió cuando él era muy joven; no pudo hacer estudios muy intensos y en plena adolescencia la vida de la organización le atrajo e hizo de él, antes de ser un escritor, un militante. Stig guardaba una gran admiración y un profundo afecto por Albert Jensen, al que consideraba su maestro.

Pero cuando apareció «Ormen», fué la revelación al gran público; fué la gloria inmediata. Stig ha sido traducido a todas las lenguas europeas, aparte, quizá —no estoy segura de ello— el español. Y no porque la fama de Stig Dagerman no haya llegado a España, sino porque el fondo social de sus obras y, sobre todo,

su origen obrero y libertario, le habrán hecho autor colocado en el Índice franquista.

¿Qué podía desear más este hombre, en plena juventud, famoso en todo el mundo, amigo de los escritores más distinguidos de Europa y de América? Se carteaba con Albert Camus, con Malraux, sostenía correspondencia con Hemingway, con Faulkner, con John Steinbeck, con una multitud de maestros de la literatura universal, que le saludaban, viendo en él, no ya un igual, sino el joven genio destinado a ser la encarnación de la segunda parte del siglo XX.

Y, bruscamente, Stig ha cortado todas las amarras. El atormentado, el taciturno, el desesperado, el hombre en búsqueda angustiada y constante de perfección, el enamorado de lo absoluto, el insatisfecho eterno, se ha evadido de la vida. ¿Por qué, oh, por qué?

Recuerdo que el último día pasado en su casa, Stig, dispensándome un honor raro en él, me pidió que escribiese un pensamiento para el libro que hay en todas las casas suecas, destinado a recoger un recuerdo de los visitantes estimados. Y escribí un pensamiento que voluntariamente quise que fuera una afirmación de esperanza, de fé, de confianza en el mañana; una afirmación de vida, triunfante de todo y de todos; una afirmación de victoria, pese a todo y contra todo. Stig lo leyó por encima del hombro de Ana María, me miró y se sonrió. En sus ojos había como un agradecimiento tácito, inexpresado con palabras, pero tan elocuente y tan patético en la expresión de la mirada, que ahora me acuso de no haber entretejido más esta amistad, de no haber seguido a Stig en sus avatares tan complicados y tan inciertos, de no haber continuado afirmando para él la fé en todo lo que a mí me ha sostenido y a él le ha faltado. Porque faltaba el fuego de la sangre, el fuego del clima, el fuego de la raza. Porque en él ha faltado el amor dionisiaco de la vida, indestructible en los pueblos latinos.

¡Cuánto los admiraba y los quería él estos pueblos latinos! Todos sus viajes tuvieron como etapa final el Mediterráneo. Como Byron, como Brandes, como Bjoerson Bjoernstjerne. Como todos los hombres del Norte atraídos constantemente por el sol de Italia y de España. De sus dos hijos, el preferido era René, el mayor, porque es moreno, inquieto, vivaz, revoltoso, verdadero tipo latino. En el segundo, Rainier, veía él otra vez el Norte, los ojos azules, los cabellos rubios, el gran frío y la gran tristeza de los inviernos sin fin.

\*

Su cerebro se ha apagado para siempre. Y su alma de niño, atormentada y tormentosa, enferma de nostalgia, enferma de absoluto, enferma de anhelos de perfección insatisfecha, enferma de la vida absurda, repugnante, triste, ha dejado de sufrir. Pero no puedo pensar, sin un gran dolor en las entrañas, en los gentos lentos, precisos; en la gran desesperación silenciosa de este taciturno, cuando se preparó para morir. ¿Nadie pudo salvarle, correr, abrir el garage, airear sus pulmones, devolver a la vida el pensamiento que se apagaba, el corazón que dejaba de latir, el cerebro que se paralizaba, el genio que se evadía de ese mundo para el que no estaba preparado, en el que no podía vivir? ¿Dónde estaba Anita Björk?

¿Dónde estaban las mujeres que le acosaban, que le fueron robando, una a una, a Ana María y su amor de mujer y de madre, su gran protección comprensiva y sincera, su pasión sublimada, convertida en piedad y en sacrificio?

Soledad espantosa de esta muerte, hermana de la soledad interior, desolada y conmovedora, de esta vida. Stig era el solitario nato, el hombre condenado a no poder sentir la compañía de nadie, por razones psicológicas, físicas, por insuficiencia individual e insuficiencia colectiva. Stig era el predestinado para esta evasión temprana, para este brusco rompimiento con la existencia. Su alma, en carne viva, sufría más agudamente que las otras las heridas infinitas que a cada paso los demás seres nos infligen. Su sensibilidad de niño no pudo hacer corteza. Su imposibilidad de contacto y de comunión con los demás seres, cuya fealdad y cuya miseria le horrorizaban, le aisló trágicamente dentro de sí mismo. Y cuando le faltó la única comprensión activa, la única ternura que sustituyó a la de la madre muerta, Stig estaba condenado a desaparecer.

En las mitologías greco-latinas, los dioses llaman pronto a los hombres elegidos. Se los llevan al Olimpo en plena juventud y en plena belleza. Para este hombre del Norte, en pena siempre de calor y de sol, soñando siempre con el sol de España, y el sol de Italia, y el sol de Grecia, la vida se habrá interrumpido dentro de la más pura tradición helénica. Habrá muerto joven, cuando aún ninguna arruga había mutilado su hermosa frente, cuando su cuerpo de atleta era todavía musculoso y perfecto. Como Shelley, como Lord Byron, como Keats, como Guyau, como Emilia Brontë, como Katherine Mansfield, como Isadora Duncan, como Mariano José de Larra.

¡Triste sino de los poetas, en un universo donde el hombre medio constituye la mayoría y ha organizado la sociedad a su imagen y semejanza! No hay sitio en la vida para los seres que no se ajustan a ese cánón de medianía, que no son capaces de conformarse a él, de reducir sus aspiraciones y de refrenar su sed de infinito. No hay sitio en la vida para los que son incapaces de vivir, abnegadamente, creyendo en la Humanidad, **aún apesar de ella**. Esta fé le faltó también a Stig. ¡Tantas cosas le faltaron, pobre niño todavía, que no pudo aprender a adaptarse y no pudo vivir lo suficiente para amar la vida **apesar también de ella!**

\*

Con Stig Dagerman desaparece uno de los valores más interesantes de las letras escandinavas. Toda la prensa de Suecia lo ha reconocido unánimemente. En Dinamarca y en Noruega se llora la muerte de Stig Dagerman como una pérdida irreparable.

Era uno de los nuestros. Salió de nuestras filas y estuvo siempre en contacto con ellas, fiel a sus primeros amigos, sus compañeros y sus maestros. Lloremos la muerte de este hombre joven, inteligente y sensible, profundamente desgraciado, digno de vivir y de realizarse según su voluntad y su deseo, como lloraríamos la de un hermano o la de un hijo muy queridos.

Federica MONTSENY

# A la España de los luchadores por la libertad, vivos y muertos

Camarada, ¡Qué fácil es todo!  
 Un muro, una bala y un pequeño agujero.  
 Tu caes hacia adelante. Todo ha terminado.  
 Tu carne es blanda, para el acero y el plomo.  
 El sol se apaga. Te vuelves frío.  
 Un ser menos. Tan rápido ha sido todo.  
 Un verdugo es fuerte y duro:  
 Cuando tú estás muerto, él enciende un cigarrillo  
 Los fusiles no se enfrían: no tienen tiempo para ello.  
 Verdaderamente, casi nada ha ocurrido.  
 Hay tranquilidad en Barcelona y en Madrid.  
 Y las acciones de Franco ganan un 12 por 100.  
 ¿Quién ha oído tu grito? ¿Quién ha visto las tenazas torturantes?  
 Los diplomáticos demócratas se sientan en torno de la mesa redonda.  
 Un diplomático demócrata no oye nada.  
 Sí, quizá la canción de un pájaro.  
 Nosotros oímos el grito, a través de muros y guardias.  
 El grito que no oyeron los traidores.  
 Esta forma de hablar no es diplomática,  
 Pero nosotros no queremos ser diplomáticos  
 Cuando España grita de dolor,  
 Cuando España nada en la sangre de los fusilados.  
 Es un crimen, una vergüenza, una derrota,  
 Callar el odio de la odiosa jaula.

Camarada que caíste y camarada que vives todavía  
 Dentro y fuera de España:  
 Fuiste traicionado y continúas siéndolo.  
 Esta vergüenza la sentiremos hasta la muerte.  
 Esta callada y olvidada vergüenza  
 No nos abandonará, allá donde vayamos.  
 Y por esto, camarada, toda la verdad va a ser dicha:  
 Lo de tí, lo de tu caída, lo de tu odio y lo de tu herida.  
 Para tí, que vives siempre como exilado  
 De los ardientes muros y de los verdugos de candentes hierros  
 En nuestros corazones una libre ciudad hemos construido  
 No es una plaza fuerte, pero es indestructible.  
 En tí que luchas, sin armas y sin fuerzas  
 Depositamos nuestra esperanza.

Amanecerá el día de los sin armas  
 Que nos permitirá despertar de la noche vencida.  
 ¡Libre España, esperanza y santidad!  
 ¡España de los tiranos: algo es tuyo: tu odio!  
 Refugiado: aprieta nuestras manos, aunque estén vacías.  
 No las sueltes nunca: ¡apriétalas fuerte, camarada!

STIG DAGERMAN.

*(Esta poesía de Stig Dagerman fué recitada el día 1.º de Mayo de 1950, en la fiesta organizada en el local social de la S.A.C., en Estocolmo, para conmemorar la fecha de lucha internacional del proletariado).*

# La educación del hombre

(Conclusión)



## 9. UNA COMUNIDAD DE INDIVIDUOS



REUD nunca se cansó de prevenirnos de la endebles y fragilidad de la cáscara que nosotros llamamos civilización. «La sociedad civilizada, escribe una vez, que impone o exige una buena conducta y no se cuida de los impulsos que la sostienen, ha conducido a la obediencia a un gran número de gente que no han seguido de este modo el dictado de su propia naturaleza. Animada por este éxito, la sociedad ha permitido forzar el marco normal de los puntos más altos posibles y de esta manera ha llevado a sus miembros hacia un mayor desvío de sus disposiciones instintivas. Ellos están por consiguiente sujetos a una interminable supresión de los instintos, la relajación resultante del mismo se traiciona a sí misma en el fenómeno más notable de reacción y compensación de desarrollos... Cualquiera, pues, que se vea forzado a actuar continuamente de acuerdo con preceptos que llevan en sí la expresión de la inclinación instintiva, vive, psicológicamente hablando, fuera de sus posibilidades y podía ser designado un hipócrita, le sea o no claramente conocida esta diferencia. Es innegable que nuestra civilización contemporánea es extraordinariamente favorable a la producción de esta clase de hipocresía. Uno podría aventurarse a decir que ella está basada en tal hipocresía y que debería someterse a grandes modificaciones si la gente se comprometiera a vivir de acuerdo con la verdad psicológica.» (Collected Paers, Vol. IV.) Freud mismo no se aventura nunca a enumerar esas «grandes modificaciones» que la sociedad debería sufrir para bien de la verdad psicológica, la cual yo creo debe ser la misma cosa que la felicidad psicológica. Pero él indicó en términos inconfundibles que él no consideraba haber sido llevadas a cabo tales modificaciones necesarias, bajo el sistema colectivista de Rusia y Alemania.» (New Introductory Lectures.) Por esta razón los marxistas a menudo han condenado a este gran científico como a un reaccionario, y es verdad que por su insistencia sobre la integridad de la familia, por ejemplo, los psicoanalistas se colocan en compañía de las fuerzas conservadoras tal como la Iglesia Católica. Pero por esta razón ellos no deben ser disuadidos de exponer la razón psicológica, tal y como ellos la ven. Esa obligación científica les conducirá también a alinearse con aquellas fuerzas políticas que se oponen al Estado como tal. Ciertos seguidores de Freud ponen ya límites bien definidos a los efectos benéficos de la interferencia del Estado. Por ejemplo el Dr. Edward Glover, el director del

«Psychoanalytical Institute» de Gran Bretaña, no titubea en declarar que «la veneración del Estado es una forma de fetichismo derivada del desplazamiento de la familia», y sugiere más adelante «no importa cuán útil pueda ser el Estado en la canalización de las cosas materiales, este, no obstante, es una organización atrasada y superticiosa» (State Parentalism, New English Weekly, March 23, 1944.) Su verdadera función es «fomentar y reforzar en todos los sentidos el estatuto de la familia dentro de la cual la civilización ha nacido y ha sido mantenida y por la que ésta es transmitida».

Es importante darse cuenta de que estos psicoanalistas no recomiendan una política determinante sobre una base ideológica; ellos tratan de la salud psicológica y fisiológica del organismo humano, y afirman que esta salud no puede ser mantenida a menos que se eviten ciertos conflictos que son productos de la civilización moderna. Estos conflictos se producen cuando en el curso de su niñez y juventud el hombre se ve obligado a ajustarse a un sistema irreal de leyes, moralidad y convención, sistemas que porque son remotos y abstractos, no precisamente de conformidad con sus necesidades biológicas ni con el patrón general de la naturaleza. El hombre nace libre y en todas partes se encuentra encadenado con cadenas «mentales». Neurosis, crimen, demencia, éstos son sólo unos cuantos síntomas de un desorden básico de nuestra forma de sociedad. El hombre está mal adaptado a partir de la guardería y esta mala adaptación y la infelicidad consiguiente no es una cosa que pueda ser evitada o extirpada por el análisis individual; ella es un desorden de grupo y solamente puede ser extirpada por medio de «grandes modificaciones» en nuestra civilización contemporánea.

Los que pedimos libertad en la educación, autonomía en la escuela y autonomía en la industria no estamos inspirados por ninguna idea vaga de liberación. Lo que predicamos es verdaderamente una disciplina y una moralidad tan formal y tan fija como cualquiera predicada por la Iglesia o por el Estado. Pero nuestra ley está representada en la naturaleza, es demostrable por método científico, y, como dijo Aristóteles, los seres humanos están adaptados por la naturaleza para recibir su ley. Porque estamos adaptados de esa forma, la libertad, que es un concepto vago para muchísima gente, llega a ser un principio vivido y perfectamente real, porque es un hábito al que estamos pre-condicionados por elementos biológicos en nuestra armadura física y constitución nerviosa.

La educación, desde este punto de vista, es una ciencia aun no desarrollada. Descubrir por ejemplo, el grado de equilibrio y coordinación en el sistema

muscular del cuerpo, es un arte que no ha sido aun definido y practicado. La armonía dentro de la familia, la armonía dentro del grupo social, la armonía dentro y entre las naciones; éstos son no menos problemas psicofisiológicos, cuestiones de normas y ensayos, de ajuste a las proporciones naturales y conformidad de las armonías naturales.

Cada individuo empieza la vida como una unidad dinámica. En esa unidad original son introducidas tensiones y desvíos por un inconsciente y en gran parte por un medio ambiente extraño. Es extraño porque es inconsciente. A menos que estemos movidos por el odio hacia la raza humana, nosotros no podemos introducir conscientemente esos sistemas abstractos de ley y moralidad sobre los que el cuerpo y el alma en desarrollo de la persona, nacida como posible unidad y belleza, son desastrosamente violentados y deformados.

Yo no pretendo conocer cuales son los preceptos exactos de una moralidad de amor y ayuda mutua; dudo si podrán ser formulados más explícitamente que lo fueron hace mucho tiempo en el Sermón de la Montaña. Pero la vida, que es un desarrollo orgánico, no puede ser vivida de acuerdo con una fórmula abstracta de palabras, sino solamente con una norma y no con una norma en el sentido abstracto de una forma definida, sino solamente con una forma viviente y en evolución que obedece a reglas, no en éxtasis, sino en desarrollo. La norma no es solamente visible en el tiempo. Nosotros podemos dar norma a nuestro conjunto de años, pero no podemos sin muerte o desvío, dar vida a una norma de ley, a ningún «sistema simbólico de conducta puramente verbal». (Dr. Triggant Burrow.) La base de una comunidad viviente, la base de la felicidad individual, es fisiológica: la sociedad solamente puede tener armonía y salud en tanto que esta base fisiológica esté unida con la naturaleza. Es en las pequeñas unidades, en el círculo de la familia, en la clase y en la escuela, donde debe realizarse primero esta armonía y salud. En tanto que alguna abstracción llamada Estado interfiera en la integridad de estos grupos y por su integridad queremos decir su capacidad de desarrollo espontáneo en ese grado el Estado le niega la vida y la salud a sus ciudadanos. Libertad es simplemente espacio para la acción espontánea: los hombres viven en comunidad solamente para asegurarse ese espacio.

#### 10. RESUMEN.

Yo deseo poder esperar de mis lectores una más clara comprensión de lo que se quiere significar por «libertad en la educación». Podemos ver ahora que es mucho más exacto el hablar de «educación para la libertad». Pero esto es una consigna desorientadora, a menos que recordemos los medios, lo que es la disciplina del arte, la sola disciplina a que se someten los sentidos de una forma natural. El arte, como hemos visto, es una disciplina que busca los sentidos en su intuitiva forma de percepción, de armonía, de proporción, de integridad o totalidad de cualquier clase. Es también la disciplina de la herramienta y el material; la disciplina impuesta por el lápiz o la pluma, por la rueda o por la rueda de alfarero, por la naturaleza física de la pintura, del textil, de la madera, de la piedra o la arcilla.

Pero la cuestión acerca de tal disciplina es que es

innata: ella es parte de nuestra constitución física y allí está para que se le estimule y madure. Ella no ha de ser impuesta por el director de la escuela o por el sargento instructor: ésta no es una especie de tortura física. Es una facultad dentro del niño que responde a la simpatía y al amor, a la inteligente anticipación de los impulsos y se inclina en la individualidad del niño. Por esta razón el maestro debe ser primeramente una persona y no un pedagogo, un amigo en vez de un maestro o maestra, un colaborador infinitamente paciente. Dicho de una forma más seca y más pedante, el fin de la educación es el descubrir el tipo psicológico del niño y permitir a cada tipo su línea natural de desarrollo, su forma natural de integración. Ese es el verdadero significado de la libertad en la educación.

Por esta misma razón el arte de los niños es supremamente importante: es el más temprano y más exacto índice de la psicología individual infantil. Una vez conocida la tendencia psicológica o inclinación del niño, su propia individualidad puede ser desarrollada por la disciplina del arte, hasta que adquiere su propia forma y belleza que es su única contribución a las bellezas de la naturaleza humana. Esto, naturalmente, es la antítesis de esas doctrinas totalitarias de educación (no confinadas a los países totalitarios) que procuran imponer un concepto único de la naturaleza humana sobre la variedad infinita de las personas humanas.

El arte del niño, por tanto, es su pasaporte para la libertad, para el goce completo, para todas sus habilidades y talentos, para su verdadera y estable felicidad en la vida adulta. El arte conduce al niño fuera de sí mismo. Puede manifestarse como la sola actividad individual, como la absorción propia del niño en garabatear sobre un pedazo de papel. Pero el niño garabatea para comunicar su mundo interior a un espectador por el que siente simpatías, a los padres de quienes espera una respuesta de aceptación.

Muy a menudo, por desgracia, solamente reciben indiferencia o ridiculización. Nada es más desmoralizador para el espíritu del niño que el menosprecio de los padres o maestros hacia esos esfuerzos de expresión creadora. Este es un aspecto criminal que estropea la totalidad de nuestra cultura y civilización, y que, en mi opinión, es la causa de nuestra desintegración social. Sembramos la semilla de la desunión en la guardería y en la escuela, con nuestra vanidad superior de adulto. Separamos la inteligencia de la sensibilidad de nuestros niños, creamos «hombres resquebrajados» (esquizofrénicos, para darles un nombre psicológico) y entonces nos damos cuenta de que no tenemos unidad social.

Nosotros empezamos nuestra vida en unidad, la unidad física de la madre y el niño, a la que corresponde la unidad emocional del amor. Nosotros deberíamos construir sobre esa unidad original, haciéndola extensiva primero a la familia, donde las semillas del odio son tan fácilmente y tan a menudo sembradas, después a la escuela y por etapas al campo, al taller, a la aldea y a toda la comunidad. Pero las bases de la unidad en cada etapa sucesiva, como en la primera etapa, son las facultades creadoras. Nosotros nos unimos para crear, y la norma de la creación se encuentra en la naturaleza y descubrimos y nos acomodamos a esta norma por medio de todos los métodos de la actividad artística; por la música, por el baile, el teatro, más también trabajando y viviendo juntos, que, en una civilización sana, estos también son artes de la misma norma natural.

HERBERT READ

# EL "IMPERIALISMO" LITERARIO



PARA exponer en 140 páginas la obra y la personalidad de Balzac y Dickens que, con Dostoievski, son los más característicos novelistas del siglo XIX, Stefan Zweig nos ha demostrado que el ensayo es la forma más apropiada para un literato dotado de grandes cualidades de crítico psicólogo. En lugar de un estudio hasta cierto punto árido por la operación de dosificar las cualidades y los defectos, por el análisis de los motivos y exposiciones comparativas, Zweig nos ha ofrecido un «cuadro sinóptico» de las obras de Balzac y las de Dickens. Por intermedio de la simpatía intuitiva, penetró en el espíritu del escritor, descubriendo los trazos dominantes de la personalidad creadora, pudiendo de esta manera explicar, sin pedantería, por qué Balzac nos ha dado el fresco monumental de la «Comedia Humana», y Dickens las descripciones minuciosas y soleadas en «David Copperfield» o «Mrs. Pickwick».

El procedimiento crítico de Zweig es, en primer lugar, psicológico. Esto es natural, si reconocemos el don de investigación de las almas y conciencias, de Zweig, autor de cuentos como «Amok» o «La noche fantástica». El pone de manifiesto las mismas cualidades en los ensayos sobre Balzac y Dickens. Algunas veces tenemos la impresión de que leemos un cuento, tan vivas y luminosas son algunas de las páginas consagradas a estos novelistas que, abarcando cada uno un mundo propio, pueden servir ellos mismos de motivo literario.

Balzac ha sido testigo de la epopeya napoleónica. Una monstruosa voluntad de potencia hervía en su pecho. Una voluntad que propendía hacia lo absoluto, desdendiendo pues las menudencias, las cosas aisladas. Para no perder nada de la inmensa variedad del mundo, tuvo Balzac que simplificar y comprimir la vida, para darnos tipos y símbolos. Nucingen es el banquero, Gobseck es el usurero, Horacio Bianchon es el médico.

Todos los héroes de Balzac son como el acero: forjados por la única pasión, hasta el triunfo o hasta el fracaso. «La intensidad, la voluntad es lo único que interesa; ellas pertenecen al hombre, mientras que el éxito y la gloria nada significan por pertenecer a la casualidad.» Esta frase de Zweig resume la filosofía práctica de Balzac. Sus héroes son, pues, monomaniacos: tienen una sola pasión. Si ellos salen de la pasión, caen vencidos. Cualquier sentimiento, cualquier ilusión, cualquier instinto de la vida puede servir de tema a Balzac, siempre que tienda a lo absoluto. Esta sed de lo absoluto conduce a Balzac hacia muchos supernormales, hacia esa mística realización de algunas verdades que apenas percibimos en nuestra vida cotidiana. Zweig investiga con delicadeza también la monomanía de Balzac, que, en su espléndida pobreza, agobiado por las deudas, creó su propio universo: en los 80 volúmenes ha fijado las realidades creadas

por él al margen y hasta fuera del mundo que no ha querido recibirlo.

«En ningún poeta (pues la verdad es que este novelista era, sobre todo, poeta) ha sido tan fuerte esa intensidad de absorción en su propia obra, en ninguno la alucinación ha estado más cerca de la verdadera ilusión»

A través de sus obras, Balzac se olvida de su inmensa sed de vivir, de ese deseo que latía en su ser. Su anarquismo era lúcido, voluntario, indiferente a toda moral o ante cualquier norma social. Igual que sus héroes, Balzac se derrumbó por el exceso de su pasión, por lo que podríamos llamar su «imperialismo»; ha querido vencer las realidades sociales, creando sobre ellas un mundo propio en el que algunos millares de personajes se «devoraban entre sí, cual arañas encerradas en una olla».

Balzac, como también Dostoievski, obstinábase en la concepción de la novela como enciclopedia del mundo interior. El elemento erótico, que predominaba en la mayor parte de los novelistas, si es que no ha sido reemplazado, por lo menos fué acompañado del elemento monetario. Balzac ha descrito las grandes luchas del dinero, en las que «se despilfarran otras tantas energías como las gastadas en las guerras de Austerlitz o Waterloo». El paralelismo con Napoleón es trazado por Zweig hasta el final del estudio, sin parecer forzado. Lo que Napoleón representa en la historia, lo representa Balzac en la literatura: una época, una generación. Nadie, antes de Balzac, intentó una empresa metódica tan grandiosa. Su obra constituye una preciosa herencia para todos y también para los dramaturgos que podrán encontrar en ella centenares de motivos trágicos; y también los sabios se beneficiarán con la misma, por haberles ofrecido tantos problemas psicológicos y tantas ideas «utópicas». Los poetas, empero, encontrarán en la obra de Balzac la más valiosa de las minas, Balzac, por encima de todo, era un imaginativo, un visionario. El ha dicho: «El que en todo momento puede transformar sus pensamientos en acciones, es un genio.» No ha terminado su obra porque «se habría semejado demasiado a Dios». Pero, concluye Zweig, tal como apareció, su obra constituye un estimulante extraordinario y «el más grandioso de los ejemplos que una voluntad creadora podría encontrar en su ruta hacia lo inaccesible».

\*

El mismo interés reviste el ensayo consagrado a Dickens, diametralmente opuesto a Balzac por su obra, que refleja otra sociedad, y por su personalidad que es antípoda de un héroe de la voluntad.

Dickens representa «la identificación de un hombre de genio con las tradiciones de su época». Expresa la moral, la estética, las ideas y el sentimiento vital de Inglaterra de la época relativamente tranquila y supersaturada durante el reinado de Victoria. La psicología de esa época es puesta en evidencia de una

manera admirable (después del fracaso de Napoleón y la fundación del imperio colonial). Shakespeare ha trazado la Inglaterra Isabelina: poderosa, ambiciosa de acciones, teniendo una sensibilidad fresca.

La Inglaterra victoriana es prudente, apaciguada, rumiando sus recuerdos gloriosos, defendiendo sus tradiciones y con una moral rígida, con una sensualidad comprimida, hipócrita. La obra de Dickens se halla fundada en esta tradición secular inglesa; ella expresa «esa voluntad inconsciente —la voluntad trocada en arte— de su nación». Así se explica la inmensa popularidad e que gozó desde el principio el autor de *Oliver Twist*. Dickens es el símbolo de la Inglaterra burguesa, prudente, harta, mientras que Shakespeare encarna a la Inglaterra heroica, ambiciosa, sanguinaria.

Por haber seguido paso a paso a la tradición, Dickens ha conquistado los laureles que no ha podido tener en Inglaterra un Byron, un Scheley, un Wilde, verdaderos aristócratas del arte. Dickens no era un trágico sino un sentimental. En él la felicidad era sinónimo de contemplación, la estética la confundía con la moral, el sensualismo con el pudor, el amor con el casamiento... Los héroes de Balzac tienen un temperamento napoleónico, revolucionario. Los de Dostoievski son extáticos, humillados que buscan la salvación. Los héroes de Dickens son modestos, tan modestos — y satisfechos «si tienen cien libras anuales, una mujer simpática, una docena de hijos... un poco de verde en la ventana, un jardincito... poca felicidad». Es el ideal del pequeño o del gran burgués.

Este mundo hubiese sido insoportable, si Dickens hubiera arrojado sobre el mismo el velo multicolor de la poesía. Por sobre la cotidiana monotonía de la vida de tantos millones de hombres simples, él ha desparrramado «das chispeantes imágenes de la serenidad

feliz». Dickens no ignoraba las miserias sociales, las injusticias, los odios, las plagas nacionales. Por intermedio del «humour», por la ironía indulgente, por la sátira compasiva, pudo salvar sus escritos de las cenizas del olvido. Sin la universalización de sus tipos, Dickens no hubiera podido conservar su lugar en la literatura de la humanidad. Por muy específicamente inglesa que fuera su obra, en el fondo ella es eternamente humana, merced a los ideales anhelados por todas las generaciones, y a los sentimientos que persisten en todos los oscuros corazones. Dickens se ha mantenido en «el plano intermedio entre lo sublime y lo banal, en los caminos regulares del mundo terrestre, en lo que es placentero y tierno, en lo que es confortable y burgués». Esto es posible en la tibia atmósfera de un imperialismo social-político llegado a su apogeo. El imperialismo guerrero de Napoleón y el imperialismo literario de Balzac, se han desplomado en el momento culminante, por el exceso de su tensión dinámica.

He aquí como Stefan Zweig cierra su ensayo:

«Algunos crean la fuerza, otros la paz. Charles Dickens adornó poéticamente un momento de paz mundial. Hoy, la vida es nuevamente agitada, inquietante; las máquinas hacen gran ruido; el tiempo avanza con pasos apresurados. Pero el idilio es inmortal, por ser la alegría de la vida. Como el cielo azul después de la tormenta, como la eterna serenidad de la vida, el idilio regresa después de todas las crisis y sacudidas del alma. De ésta manera Dickens volverá siempre de su olvido, cuando los hombres tengan necesidad de alegría y cuando, cansados de los trágicos tormentos de la pasión, quieran escuchar, aun en las más banales cosas, la música misteriosa de la poesía».

Eugen RELGIS

## TRES MIL AÑOS DE TERROR MILITAR

### El pillaje y la destrucción de civiles a través de los siglos

**C**ON el número precedente, nos paramos en la evocación de los juegos guerreros de la época del «rey Sol», cuando el hábil ministro Luvois restablecía, al decir de los historiadores, el orden y la disciplina en un ejército que debía hacer gran honor a la Francia (particularmente en el incendio y el saqueo del Palatinato). Prosiguiendo este trágico examen que nos ha revelado ya tantas ignobles crueldades ejercidas bajo el pendón de los estandares nacionales, vamos a abordar ahora el siglo XVIII, el que produjo a Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Diderot, Franklin, Condorcet, Lavoisier, Buffon y una multitud de sabios y de filósofos en el mundo entero.

Veremos las «generosas intenciones» de los humanistas de la Revolución francesa, arruinadas por la gente militar, incapaz de concebir otros métodos que los de la violencia. Veremos, enfin, entrar en la escena a ese gran Napoleón, con el cual se han extasiado tantos historiadores, sufriendo de incontinencia «heroica». Constataremos que este extraordinario genio ha hecho solo, remplazar ventajosamente algunas pestíferas epidemias, del mismo modo que debía hacerlo el siglo siguiente su incomparable imitador el can-

El 7 de marzo de 1739, Nadri Echah, rey de Persia, entró en Dehli. Habiendo ido a una mezquita fué atacado a pedradas y también le tiraron a él. El Príncipe, enfurecido, ordenó una masacre general. Esta masacre, habiendo durado ocho horas, fué tal la matanza, que se calcula murieron 40.000 personas... Nadir Schah trajo más tesoros de Dehli que los espa-

ñoles tomaron en la conquista de México... «Soy, decía, el que Dios envía contra las naciones sobre las cuales quiere hacer caer su venganza...» Este mismo Príncipe era muy devoto; hizo traducir al persa *Pantaleuco* y los *Evangelios*. (Mohammed Madhy K., *HISTORY OF NADIR SHAH*, Londres 1770.)

En 1757, los rusos ocupan Memel. Nada de igual se

había visto desde los Hunos, dice un historiador, se colgaba a los habitantes después de haberles cortado la nariz y las orejas, se les arrancaban las piernas, se les abrían las entrañas y el corazón. (Herman, GESCHICHTE DES RUSSISCHEN st. (Gotha) t. V, p. 142.) Estos hechos fueron confirmados por el alto funcionario ruso Rostopchine, que declaró: «Los soldados rusos, más ladrones de caminos que soldados, rivalizaron violentamente con los poloneses, y pronto cometieron más desmanes que éstos. En ambas partes, se mata, saquea, viola y roba en nombre de la religión.» (CORRESPONDANCE, Moscú, 1876.)

En la misma época, Federico el Grande, el rey filósofo, requisaba rebaños de polonesas para poblar la Pomerania en donde, al parecer, faltan mujeres; mientras que los jueces poloneses deben prestar juramento a Austria y castigar a sus desgraciados compatriotas. (Arneht, GESCHICHTE MARIA THERESA, t. VIII.)

En cuanto a las tropas francesas que también participaron en esta guerra, no sembraron precisamente la alegría a su paso, si hemos de creer aquella carta del conde Saint-Germain que dice: «El lugar, a treinta millas a la redonda ha sido saqueado y arruinado como si el fuego hubiese pasado por allí.» «Estamos rodeados de colgados», dice otro testigo: «se masacraba a las mujeres y a los niños al verles oponer resistencia al saqueo de las casas». (Grimm, ver a Sainte-Beuve en CAUSERIES DU LUNDI, t. VII.)

\*

En 1771, sangrientas escenas tuvieron lugar en India, motivadas por el gobernador Warren Hastings, incapaz de la menor piedad. El suelo del Indostán fué sembrado de cadáveres; naciones enteras desaparecieron. El 4 de abril de 1876, el famoso Burke, apoyado por Sheridan, presentaba contra Hastings una denuncia que formaba un volumen in-8° y relataba un gran número de actos de injusticia y de crueldad. Se narraba allí, la destrucción total de los inofensivos habitantes de Nohillas y Farrukabad, como también en el reinado de Uda, uno de los más ricos y más hermosos de la India, y que los ingleses convirtieron en desierto.

En ese tiempo, los conquistadores españoles diezmaban el Perú, haciendo perecer bajo los malos tratos, a los pobres indios obligados a trabajar en las minas para satisfacer su insaciable avaricia. Los Incas, rebeldes en 1770, por Candorcanqui, fueron atrocemente masacrados... (W. Prescott, HISTOIRE DE LA CONQUETE DU PEROU, 1847.) (1).

(1) Sobre la invasión de Amerindia (hoy América) por los bárbaros europeos (ibéricos, sajones y escandinavos), Vergine se deja mucho en el tintero. La invasión de Amerindia por los criminales europeos, sedientos de oro e hijos legítimos de la Inquisición y de las religiones fanáticas, es uno de los crímenes más horribles que registra la historia real de la humanidad. Los indígenas de natural pacífico, fueron engañados, implacablemente perseguidos, asesinados, quemados sus poblados y destruída su civilización con la furia y el vandalismo exterminador de que han hecho gala los bárbaros europeos en todos los tiempos. «América» de hoy, es una Europa transplantada, con sus vicios y sus taras. La verdadera América, está en ruinas o refugiada en la selva virgen.

Entre los indios que opusieron más resistencia a los bárbaros están los araucanos andinos, raza rebelde y libertaria, que nunca se ha plegado a la barbarie invasora.

Los chavantes, también en pleno Matto Grosso, no quieren saber nada con la «civilización» de los bárbaros europeos. (Consúltase al historiador Belloni y a R. Gavilán: «La invasión de América por los bárbaros escitas», 1949). —(N. del T.).

En 1778, el príncipe Potemkine, tomó la ciudad turca de Otchakof, que asediaba hacía seis meses. Era un erudito que se alababa en ser gran literato y tener delicadeza... Este «filósofo militar», que tradujo *La Eloisa* de Rousseau, hizo saquear la ciudad; más de 6.000 habitantes fueron masacrados. La furia de los soldados rusos era tal que dos días después del asalto, cuando encontraban niños turcos escondidos en algún reducto, en algún subterráneo, los agarraban y, lanzándolos al aire, les clavaban al caer sus bayonetas, gritando: «al menos éstos no harán daño a los cristianos». (Zinkeisen, GESCHICHTE DES OSMANICHEN R., to VI, p. 558.)

El ejemplo de Potemkine, debía ser seguido por el famoso general Souvarov, que fué llamado «el ahorcador», durante la feroz represión de la insurrección polonesa. El 22 de diciembre de 1790, Souvarov, se apoderó de la ciudad rumana de Ismail, en el Danubio; masacrando a los habitantes en el curso de una de las más notables carnicerías de aquel siglo que contaba muchas y muy famosas. (Langeron, JOURNAL DE LA S. CAMPAGNE DE BESSARABIE, 1790.) Por una extraña aberración, la Rusia de los soviets, edifica hoy estatuas a este atroz masacrador de hombres.

En 1792, el ejército francés de Montesquieu, penetra en Savoya, esparciendo por doquier, la famosa proclamación: «En nombre de la nación francesa, guerra a los despotas y libertad a los pueblos.» Era el 22 de septiembre; el 24 de noviembre, el general Anselme, que estaba bajo las órdenes de Montesquieu, saqueaba e incendiaba la ciudad de Oneille. (C. de Friess-Colonna, DIC. HIST., LA SAVOIE, p. 332.)

Las regiones alemanas de la orilla izquierda del Rin fueron pronto sometidas a idéntico régimen. El convencional Baudot creía que «vencer al enemigo y vivir a costa de él, es vencerlo dos veces». Los de la coalición fueron, en este sentido, vencidos a fondo, en aquellas infelices regiones de Treves y del Palatinado. Todo lo que podía ser llevado, fué confiscado y transferido a Francia. Esta ocupación puede ser considerada, dice un convencional (RAPPORT DE BECKER, 13 de junio de 1795) como un amontonamiento de atrocidades, barbaridades, ejecuciones, robos y rapiñas. La famosa máxima «Paz a las chozas» (1) sólo fué el disfraz mentiroso de una banda de cínicos charlatanes. Los campesinos fueron totalmente saqueados, sus casas robadas desde el granero hasta la bodega, se arrancaron y «evacuaron» hasta las mismas cerraduras y puertas.

Hubo un verdadero desengaño entre los pueblos que recibieron con entusiasmo la noticia del triunfo de la República, y que luego tuvieron que huir al otro lado del Rin. Goethe, ha descrito estos sombríos días con un inolvidable cuadro, en su inmortal obra *Hermann y Dorotea*.

Una proclamación del 30 vendimiario, decía, en el año III, a los pueblos: «Los franceses no vienen como dominadores, sino como hermanos, y os podéis unir a ellos con entera confianza.» Pero la «guerra de las confiscaciones», en el norte como en el sur, abría perspectivas algo diferentes. «Los franceses, dice un savoyardo, no han dejado ni un grano de trigo, ni un buey, ni una gallina, ni un utensilio, ni nada de ropa. Se ha saqueado las chozas como los castillos. La horda ha cometido la barbarie hasta de desvestir a los campesinos que encontraban por los caminos, hombres y mujeres, que caían en su mano.» (Beauregard, UN HOMME D'AUTREFOIS, p. 262.)

(1) «Paix aux chaumières». —(N. del T.).

En Gipuzcoa y Vizcaya, los habitantes se habían confiado en las proclamas que decían: «Las personas, propiedades, costumbres y creencias serán respetadas.» Sin embargo la ferocidad de los ocupantes fué aun más feroz que en el Rhin, cual describe Tallien (REVUE HIST., t. XI, p. 317). Hubo deportaciones, se cerraron las iglesias, se detuvo a los sacerdotes, se evacuaron las religiosas en carretas rodeadas de piquetes de husardos, medidas impropias para provocar la simpatía de aquel pueblo tan religioso; empero, lo que es peor, se quemaron los pueblos y se violaron a las mujeres.

En Cataluña, ciudades, aldeas y pueblos, estaban desiertos. El pueblo huía, cargado de todo lo que podía llevarse e incendiando los objetos y la comida que no podía llevarse. En esta época, era tan grande el terror que inspiraba el sólo nombre de franceses que al solo anuncio de Foscarini, en 1796, de que las tropas francesas atravesarían Verona «como amigos», un espantoso pánico se apoderó de la población. Los venetos, dice Dari, no habían tenido tanto terror cuando Atila, como el que tenían los habitantes de estas provincias, que habían ya conocido los desórdenes de la soldadesca francesa y alemana.

En aquel mismo tiempo, los rusos acaban la destrucción de Polonia (1794). Sus tropas masacraron todo, ahorcando, saqueando, violando e incendiando. Muchos cuadros preciosos fueron despedazados, las bibliotecas pilladas y dispersadas. (A. Czartoryski, MÉMOIRES, t. I, p. 161.) Contrariamente a las promesas hechas, los rusos se llevaron a numerosos prisioneros y encarcelaron a todos los sospechosos. Interminables convoyes de esos infelices fueron encaminados hacia Siberia.

\*

Durante estas guerras, Bélgica, que había tenido tres invasiones en dos años, se encontraba en tal estado de agotamiento que un soldado, escribía: «La mayoría de los habitantes no tienen casas, y aun, gracias que no han perdido la vida. Comparo al enemigo a una granizada, que no deja nada por donde pasa.» (JOURNAL DE BRICARD, por L. Larchey, p. 117.) A pesar de esta espantosa miseria, los infelices belgas debían aun pagar a la República francesa, exorbitantes sumas que eran obtenidas mediante rescates y obligando al país de tal modo que, las poblaciones desesperadas reconocían, que nunca habían sufrido tantos rigores de parte de los tiranos que, en otros tiempos, las habían oprimido. (BORGNET, c. XXII.) Los belgas, hicieron la misma experiencia que el buen pueblo milanés, que no sabía, dice Stendhal, que la presencia de un ejército, aun el llamado «liberador», es siempre una calamidad...

En 1799, los franceses se adueñaron de Isernia, ciudad italiana cerca del Volturno. «Se concibe, dice un historiador, todo lo que una resistencia tan rebelde debió provocar como excesos de la parte de una soldadesca irritada. El general Duchesne, no pudo impedir ni las masacres ni los saqueos.» (Ph. Le Bas, DIC. ENCYCL., t. IX.) Masacres y pillajes acompañaron también a los tropas de Gautier, a través de Toscana. Cuando entró Bonaparte en Florencia, la provincia había sido despojada de una gran parte de sus cuadros y sus estatuas, entre estas la **Venus** de Medicis y varios manuscritos valiosos de la biblioteca laurentiana. «A la segunda invasión de los franceses el saqueo fué aun más considerable.» (X. de Feller, DIC. HIST., t. V, p. 78.)

En Nápoles, los mismos excesos fueron cometidos, a pesar de los esfuerzos de los «colaboradores» que el inglés Nelson trató luego con la mayor crueldad,

en la Restauración de 1799. Luego de esta Restauración, las barbaries de los franceses fueron ampliamente superadas por las de Nelson y sus verdugos, pues María Carolina estimaba que no había que tener piedad ni para las mujeres ni para los hombres. Los «dazzaron» ebrios bailaban frenéticamente en las calles, asesinando a los sospechosos y dando latigazos a las mujeres... El pueblo, dice un testigo, iba a las ejecuciones de los colaboradores, como a una fiesta; y tal era el horror inspirado por el sólo nombre de jacobino, que la fuerza armada apenas podía contener la lapidación de los condenados en el camino del suplicio. (Huffer, DIE NEAPOLITANISCHE REP., p. 30 y s.)

\*

Como todos los conquistadores que saben cuidar su popularidad, entreteniéndolos las ilusiones de sus subditos, Napoleón, desde su llegada al poder, se apresuró a prometer la paz a un pueblo que estaba cansado de la guerra. Hizo aun ejecutar por el estatuero Chaudet, con gran acompañamiento de publicidad, un bajo relieve para el patio del Louvre que representaba la paz. Esta magnífica pieza de platería, debía ser pronto eclipsada por una estatua, del mismo artista, representando aquel «gran Napoleón», que debía organizar aun tantas masacres.

Para comenzar, el general Leclerc se fué, en 1802, a restablecer la esclavitud en Santo Domingo, a pesar de sus anteriores promesas. Como los negros se rebelaban de nuevo, el general Rochambeau, comenzó la «pacificación» de la isla. Habiendo fracasado en la primera intentona, hizo masacrar a 500 prisioneros de ambos sexos, acto de barbarie que motivó, por parte de Desalines, a terribles represalias. (Ph. le Bas, DIC. ENCYCL., t. XII, p. 263.)

El año 1807 se inició con una recrudescencia de guerras y destrucciones. Los prusianos apelaron a los rusos contra Napoleón. Pero, en la parte de Prusia en donde estaban los rusos, eran aun más temidos como aliados que los franceses como enemigos. A tal punto que Hardenberg escribía al zar: «Se pregunta por todas partes como es posible que un príncipe que es modelo de humanidad, pueda permitir tan innumerables excesos que, arruinando el país de su aliado, comprometa la existencia y el mismo honor del ejército.» (Ranke, 17 de mayo de 1807, t. V, p. 106.)

En 1808, los franceses se apoderaron de Evora, una de las más preciosas ciudades del Alentejo portugués. La resistencia de los defensores, enfureció terriblemente a los invasores, dice Ph. Le Bas, Masacraron todo sin piedad y la ciudad fué librada al saqueo, la violencia y el incendio.

En la misma época, el pueblo de Madrid, hambriento a causa de la ocupación, amenazó con rebelarse. Murat ordenó ametrallar friamente a los madrileños, los cuales le habían recibido antes con tanto afecto. Los «patriotas» fueron salvajemente fusilados, la carnicería fué atroz. (VIE DE MURAT, por M. L., 1816, p. 17.)

La cuestión española, debía pronto aparecer, dice Alberico Varenne («QUAND LA FRANCE OCCUPAIT L'EUROPE»), como un monumental círculo vicioso. Los atentados de los habitantes, inspiraban a los franceses represalias feroces. Ferocidad que hacía redoblar los atentados, y así siempre... Los generales franceses hacían por su parte cuanto podían por exasperar a los habitantes. La duquesa de Abrantes, dice en sus MEMORIAS: «El general Ronsin, con una triste ferocidad robaba, saqueaba y cometía cuanto puede deshonrar a la humanidad.» Y, en Santa Elena, el 3 de abril de 1817, Napoleón declaraba al general Montholon: «Hubiera debido fusilar a todos mis generales. No hay ninguno que no lo haya merecido. Fué su pillaje

lo que me hizo perder a España.» (Montholon, MEMOIRES DE SAINTE-HELENE.)

En 1809, la famosa marcha sobre Schoenbrunn, hizo el terror de las poblaciones. Por todas partes Napoleón amenazaba a los pueblos con ejecuciones militares y hacer prisioneros. Escribía sobre esto a Lefebvre: «Temo que os dejéis engañar por estos canallas... Hay que quemar y fusilar. Sed terrible y actuar de tal modo que podamos retirar del Tirol una parte de nuestras tropas.» (Lecestre, C.C.E., 30 de julio de 1809.)

La caída y el incendio de Moscú, en 1812, ilustran singularmente las «crónicas guerreras», en un siglo de por sí rico en tal materia. Los habitantes desesperados huyeron a los bosques, en donde perecieron más de 100.000 a causa del frío, la fatiga y el hambre. Durante varios días la ciudad fué una inmensa hoguera, representando sólo la imagen del desorden y del crimen. Los historiadores franceses pretenden ver en esto un acto de patriotismo cometido por los rusos. El gobernador de Moscú, Rostopchine, en un libro aparecido en 1833 —e historiadores como Karamzin, sostienen esta versión— que el fuego fué prendido por los saqueadores franceses. Sea como fuere, unos y otros están de acuerdo sobre las escenas horrosas, que se desarrollaron desde Moscú a Wilna, en donde la soldadesca hambrienta saqueó los almacenes, destruyendo innumerables recursos en su huida.

E. Labaume, oficial ordenanza del príncipe Eugenio, dice, en un libro aparecido en Génova (1814) «que el gran ejército («La Grande Armée») cometió actos abominables. Cuento lo que he visto, dice, y es bajo el resplandor del incendio de Moscú que he escrito el saqueo de aquella ciudad.» También el sargento Bourgogne, declara en sus MEMOIRES, haber conservado un recuerdo inolvidable de la retirada: «No hubiera debido, dice, por el honor de la especie humana, describir todas aquellas escenas de horror, pero me he hecho el deber de describir cuanto he visto.» Y narra el calvario, en una carretera, dispersada de objetos preciosos abandonados por los saqueadores. Hermosas ediciones de Voltaire, Rousseau y Buffon, abandonadas en el barro...

Durante la retirada del gran ejército, en Lübeck, el general Lallemand, hizo publicar y rotular la advertencia siguiente: «Al primer cañonazo los habitantes se refugiarán en sus casas. Todos los que serán encontrados afuera serán fusilados.» Las ciudades de Lübeck y Hamburgo fueron multadas con una contribución de 48 y 6 millones. Un número bastante grande de prisioneros fueron encerrados en el viejo castillo de Hamburgo, desde donde fueron lanzados a las bodegas putrefactas de un viejo navío situado en el canal, digna imitación de las infamias de los pontazgos de Inglaterra... Dapout, expulsó de Hamburgo a todas las «bocas inútiles», e incendió los arrabales y los edificios exteriores.

Para enseñar a los ingenuos que aun creen en «las buenas guerras humanitarias» y que atribuyen al furor teutón, los vejámenes y los crímenes, que han pasado sobre las poblaciones civiles, durante el prodigioso conflicto del que aun sufrimos las consecuencias normales: a saber, una extensión considerable de la criminalidad, del cinismo y de la indiferencia moral... Para enseñar a los que aun no han comprendido toda la barbarie del espíritu guerrero, hemos ya extraído, cierto número de ejemplos de las páginas de la historia. En este número, continuamos con la evocación de los hechos que, desde el comienzo del siglo XIX hasta nuestra época, atestiguan de manera constante las costumbres militares, que han alcanzado su completa realización en el ardor frenético de las grandes guerras modernas.

\*

La parte del Africa que forma la Argelia actual estuvo sometida, desde la más alta antigüedad, a ocupaciones armadas y sucesivamente devastada por los romanos, vándalos, bizantinos, árabes y turcos. En 1830, bajo un fútil pretexto, las tropas francesas comenzaron la conquista del país. Las barbaries de los ejércitos de Savary y de Boyer fueron tales frente a las poblaciones argelianas, que una comisión parlamentaria fué designada para hacer una encuesta en los mismos lugares, en 1834. La aristocrática REVUE DES DEUX MONDES creyó más tarde deber publicar una carta del general Changarnier al marqués Castellane (18 de octubre de 1841), la cual narra singularmente la epopeya colonial. «El general Bugeaud, precisaba esta carta, ha buscado, en un relato que hace más honor a su imaginación que a la veracidad, a elevar a la altura de combate, una miserable raza en la cual la caballería indígena, ha degollado varias docenas de mujeres y de ancianos sin defensa.»

El aplastamiento de la resistencia debía proseguirse «heroicamente», durante más de sesenta años. En 1845, el coronel Pelissier, se cubría de gloria exterminando la tribu de los Ouled-Rieh, refugiada en las grutas de Ghar el Frechich. Ahumados como si fueran zorros, un millar de hombres, mujeres y niños, perecieron asfixiados. (HIST. DES COLONIES FRANÇAISES, por J. J. Roy; Mame 1877.) Habiendo así dado la medida de sus capacidades «constructivas», el coronel Pelissier, al que se ascendió rápidamente a general, era el hombre designado para ocupar más tarde el puesto de gobernador de Argelia.

S. VERGINE

Trad. W. Muñoz.

## NUESTRA SECCION LITERARIA

### “La Vida y los Libros”

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

# TCHARVAKA, HERETICO MATERIALISTA

Astutos sacerdotes han inventado máxi-  
y, con fines personales dicen: [mas  
«Da limosnas y haz penitencia  
huye de las riquezas del mundo y ora».  
No existe el más allá, Rama  
vanas son la esperanza y la creencia  
[de los hombres,  
busca el placer del ahora  
expulsa a la ilusión pobre y mentirosa.

## EL RAMAYANA



ACE 2.700 años, Buda aun no había nacido, pero India tenía un pasado de varios millares de años.

Diezmada por sucesivas olas de conquista, India, el más productivo de todos los países del mundo, agonizaba aplastada por un sufrimiento y una indecible miseria. Una pequeña parte de la población poseía el suelo, gozaba de una acumulación de riquezas increíble y se arrogaba el derecho de vida y muerte

sobre el resto de la población. Esta última, a su vez, estaba repartida en castas rigurosamente cerradas, cuya pobreza variaba según la distancia que la separaba de los señores y amos del suelo. En lo más bajo de la escala social se encontraban 50 millones de «parias» —los intocables. Estos «sin castas» eran productores «al margen» de la sociedad, pues, no poseyendo ninguna tierra, su salario era ínfimo.

En la clase dominante estaban los todopoderosos brahmanes, sacerdotes propietarios de las tierras, que ejercían sobre el pueblo tal dominación que hacía imposible toda resistencia de éste. Habían sustituido a la alegre y simple fe de antaño por una religión cuya crueldad y pesimismo no tienen paralelo.

Nada de protestas sociales, habían edictado los sacerdotes. El alma individual ha nacido para sufrir, tolerar todo lo que le puede ser impuesto. Si el alma se rebela o comete un «pecado», al «reincarnarse», después de la muerte, es enviada a una casta inferior o a una forma animal. Las castas son de origen sobrenatural y no pueden sufrir modificaciones. El hombre debe soportar la pena de vivir. Suicidarse a nada serviría, ya que impura, su alma descenderá un grado en la escala de las relaciones humanas.

La sola salvación está en la resignación completa, absoluta. Que el alma soporte pacientemente todas las crueldades que sufre en su temporal envoltorio terrestre, pues ello representa un «justo» castigo por los «pecados» cometidos en una existencia anterior. Que el alma mire hacia su interior y se absorba en una meditación sin fin. Allí descubrirá el **Atman**, el yo de todos los yos, el alma de todas las almas y será lanzada al todo del todo.

Llegada a este punto —y sólo en él— su alma se fundirá con la nada y habrá tocado el extremo de la pesada cadena de las reincarnaciones.

El pueblo sufría y parecía no tener ningún remedio en vista.

\*

Y fué entonces cuando inesperadamente y saliendo aparentemente de no se sabe donde, apareció una escuela de heréticos. Primero dirigida por un maestro llamado Lokayata, esta escuela alcanzó su apogeo con Tachavarka, hombre intrépido que atacando a los brahmanes hizo retroceder sus mentiras hasta su garganta y cuyos discursos audaces llegaron casi a trastornar la estructura entera de la sociedad india.

Bajo su inspiración, esta escuela materialista se volvió famosa por los principios siguientes:

En primer lugar, decían los tchavarkaístas, la percepción es la fuente de todo conocimiento, el cual es posterior a la experiencia sensorial y de ella únicamente deriva. La conciencia es el resultado de la sensación corporal. El mismo espíritu no es otra cosa que un tejido corporal. Cuando el cuerpo fenece, la conciencia cesa. «La vida consciente no es una vida continua. Procede de la nada y a ella retorna.»

Somos, primero, conscientes de nuestros propios cuerpos, después del de los otros, animados o inanimados. Todos los cuerpos están compuestos de átomos indestructibles. No existe ninguna prueba de la existencia de un «alma» cualquiera. Nuestras percepciones limitadas, no pueden por consiguiente formular conceptos universales. Deducciones sobre el infinito no son posibles. «No existe, pues, ni vida futura ni mundo allende la muerte, pues el alma, que sólo es una simple manifestación psicológica del cuerpo, perece con el individuo. No hay cielo ni dioses. Cuando morimos todo ha terminado. Es la naturaleza y no Dios la que es la divisa de nuestra escuela.»

Toda religión es, pues, tan nociva como una intoxicación de opio. Es ridículo de practicar la «virtud» y huir del «pecado». El sacrificio es una masacre. «La oración es la esperanza de los débiles, de los que no poseen ningún poder de voluntad, para realizar lo que sea. Los profetas son los hombres más mentirosos que existen.»

Los Vedas (la Biblia de los hindues), no posee ninguna autoridad, porque obliga a las gentes a aceptar por la fe todo cuanto se les enseña. «El ejercicio de la religión y la práctica del ascetismo, son solo medios de existencia en beneficio de hombres privados de inteligencia y de virilidad.»

Que se proclame pues que cada hombre viva en «único» y busque el cumplimiento de sus deseos. El renunciamiento a los deseos es una estupidez criminal. Sólo la libertad individual puede procurar a los hombres, la alegría y el placer a los cuales aspiran.

### REVOLUCIONARIOS, SI; VOCEROS DE LA REVOLUCION, NO.

En tiempos, no muy lejanos, era uso y costumbre entre los militantes del socialismo, del anarquismo y del sindicalismo apelar a la Revolución Social para todos los menesteres de la propaganda, de la oratoria y hasta de la correspondencia privada. El abuso llegó a tal extremo, que la locución pasó a mejor vida completamente desgastada y sin provocar la más ligera protesta.

Este cambio en las costumbres no fué meramente de fórmula, como pudieran imaginarse los poco versados en el movimiento social contemporáneo.

Más o menos, todos creíamos, a puño cerrado, que la Social estaba a la vuelta de cualquier esquina y que el día menos pensado íbamos a encontrarnos en pleno reinado de la anhelada igualdad. Andando el tiempo, la imaginación hizo plaza a la reflexión, el corazón cedió la preeminencia al entendimiento y fuimos dando cuenta de que por delante de nosotros había un largo camino que recorrer, camino de cultura y de experimentación, camino de lucha y de resistencia, camino indispensable de preparación para el porvenir. Y todos nos pusimos a estudiar y todos, estudiando, aprendimos a luchar, a propagar, hasta a hablar con maneras nuevas que correspondían a maduras reflexiones. El cambio en el uso de las locuciones que parecían insustituibles, respondió al cambio de las ideas y los sentimientos que, al precisarse, se hicieron más exactas y más conformes a la realidad.

Tal novedad, no lo es si se tiene en cuenta la exhuberancia de la vida en los primeros años. No hay juventud sin bellos ensueños, sin arrebatos de pasión, sin irreprimibles entusiasmos.

Es claro que, no por esto, los que hemos sido revolucionarios hemos dejado de serlo. Más en los hechos que en las palabras, la táctica revolucionaria persiste y gana aún a los que andan rehacios en, poner de acuerdo la conducta con las ideas. Nadie cree que la revolución sea cosa de inmediata factura, pero se labora cada vez más conscientemente por acelerar todo lo posible el advenimiento de la sociedad nueva. Y en este derrotero, las palabras son lo de menos; a veces son un estorbo, o una necesidad, o una preocupación.

Hacer conciencias; dar luz, mucha luz a los cerebros; poner a compás hechos y principios; realizar, cuanto más mejor, aquella parte esencial de las ideas que nos distingue de los acaparadores de la vida; combatir sin tregua y firmemente todas las fuerzas retardatrices del progreso humano, es tráfico revolucionario de los tiempos modernos, bien saturados de ideales y de aspiraciones novísimas.

En nuestros días, las multitudes proletarias actúan precisamente en este sentido. Aun cuando no estén unánimemente penetradas del ideal, como el ideal está en el ambiente y el espíritu revolucionario las ha penetrado por completo, ellas obran conscientes de su misión renovadora y van en derechura a emanciparse de todos los ataderos que las sujetan a inicua servidumbre.

la personalidad. En este período desaparece la acción tutelar del Estado y disminuye considerablemente la de la familia. El joven de familia obrera entra en el taller o en la fábrica sin preparación y a merced de los más perniciosos ejemplos. El joven de la clase media se lanza al comercio, invade la oficina pública o privada e, indefenso, queda sometido a las más perniciosas influencias. No recuerdo si el periodista sesudo dedica también algunas palabras a los jóvenes ricos, aristócratas de la sangre o aristócratas de la banca.

Nuestro hombre quiere la tutela del Estado más allá de la escuela. Está encantado de un programa de preservación moral de la adolescencia acordado por el Gobierno prusiano al encomendar al Ministerio de Cultos la tutela postescolar. Y a mayor abundamiento, preconiza la empleomanía cinética en las prisiones para estudiar paso a paso al individuo delincuente. Otro u otros granos de anís.

El propósito del Gobierno francés, la previsión del prusiano y la perspicacia del periodista significan una sola y misma cosa: el deseo de echar al odre roñoso de la criminología histórica unos remiendos llamativos de ciencia nueva. Así remozada, la sapiencia gubernamental podrá continuar apretando los tornillos de la represión y ejerciendo la **vendetta** social a su entera satisfacción. Extender la tutela del Estado, pretender que el Estado nos acompañe desde la cuna a la tumba como la sombra al cuerpo, es, en todos los órdenes de la vida pública, la obsesión predominante. Frente a la rebeldía de los jóvenes y aun de los viejos bárbaros, delincuentes o no, no queda a las clases directoras otro recurso. Es su lógica.

¿Que podrá decirnos la ciencia oficial que no esté ya dicho en todos los tonos? Podrá mentir estadísticas, catalogar prejuicios, inventar estigmas, justificar horrores; pero no descubrir y, sobre todo, proclamar una sola verdad, mucho menos si puede resultar en su daño.

¿Que podrá lograr una mayor extensión de la tutela del Estado cuyos daños no hayan sido puestos ya de manifiesto? Podrá estrujar la personalidad un poco más, disminuirnos, modelarnos, guiarnos a su antojo; pero no habrá de darnos ni un solo adarme de moralidad, mucho menos de salud, de bienestar, de alegría, que serían unos magníficos factores de moralización pública y privada.

La escuela laica, oficial en Francia, ¿qué es sino la traducción al lenguaje político de la escuela religiosa? ¡La formación moral de los jóvenes! Estos, en palabras recias, quiere decir la castración de los hombres.

El bú del aumento de la criminalidad es un tópico de que se echa mano cuando conviene para justificar mayores atrocidades, más grandes atrocidades. Es la hidra revolucionaria traída al idioma de los leguleyos. ¡Ay de los hombres de bien que tiemblan ante estos augurios! La nota de delincuencia caerá sobre ellos y la prisión los engullirá vorazmente. El Estado quiere enanos, quiere siervos, quiere parias. Está famélico.

Si la criminalidad aumenta es porque disminuye atrocemente el bienestar de unos mientras crece, fuera de toda ponderación, el de otros; es porque la alegría se recluye en un puñado de afortunados y se niega a la muchedumbre sin amparo; es por-

que la salud anda quebrantada en todas partes. Después de los tormentos de la miseria, la brutal exhibición del lujo y del harlazgo; después de los dolores y de las lágrimas de la multitud, las dancanías indecentes de los poderosos, alegres con la alegría del mono. Y sobre todo esto, que es bastante, la neurosis, la sífilis, la tisis, el alcoholismo corroyendo las entrañas de la humanidad. ¿Son un grano de ans esas causas fisiológicas, psicológicas y sociológicas de la criminalidad!

¿Qué ridículo remedio se pondrá con esa ridícula ciencia oficial a 17.000 francos anuales? ¿Qué ridículo remedio se pondrá con esa ridícula tutela postescolar, con esos emplastos científicos en las prisiones? ¿Qué ridículo remedio proporcionaría la vuelta a la escuela religiosa, ni peor ni mejor que la escuela cívica, tan cara a los republicanos?

El pan, el pan, señores hartos; el pan para el cuerpo y el pan para el alma; el bienestar, la alegría, la salud para todos; esos es el remedio, señores imbéciles de la ciencia oficial, del perodismo profesional, del hampa política que sólo os prononéis continuar el estirpe de vuestros rebeldes subordinados.

Bienestar, alegría y salud, ¿cómo podríais darlos? Emplastos de ciencia, cataplasmas de educación no bastarían a contener el avance humano por la conquista de cuanto tenéis detenido y por tenerlo lanza al crimen a la multitud desheredada. Los bárbaros llaman a vuestras puertas de granito. Abridlas o serán derrumbadas.

(El Libertario, núm. 3, Gijón 24 Agosto 1912.)

### LOS QUE IMPERAN

A medida que adquiere el burguesismo su pleno desenvolvimiento, se acrecienta el imperio de los mediocres.

En todos los órdenes de cosas triunfan las medias tintas, lo indefinido, lo anodino. En el de las ideas, las mayores probabilidades de éxito corresponden a los que carecen de ellas. En el de los negocios y el trabajo, a los que, ignorándolo todo, parecen saber de todo. El fenómeno es fácilmente explicable.

La burguesía se ha dado buenas trazas para que todas las actividades y capacidades sociales concurren a la caza de la peseta. Ha sentido como exioma que para ser buen comerciante es un estorbo la abundancia de conocimientos. Ha reducido a máquinas de trabajo a los productores. Ha convertido en sirvientes a los artistas y a los hombres de ciencia. Ha suprimido el hombre y sustituido por el muñeco automático. El resultado ha sido fatalmente la multiplicación de las nulidades con dinero. Dentro de poco gobernarán los imbéciles. El triunfo es totalmente suyo.

La fatuidad de estos horrendos burgueses que llenan la vía pública con su prosopeya y su abultado vientre; la soberbia de estos burdos mercachifles que apestan a grasas y flatulencias; el ridículo orgullo de estos sapos repugnantes que graznan con tono enfático, son las tres firmes columnas de la mediocridad vencedora.

Por donde quiera, el hombre inteligente, el artista, el estudioso, el sabio, el inventor, el laborioso, tropiezan indeciblemente en esas moles de carne de cerdo con alavío de personas.

populares dejan en paz al feroz usurero que trafica, en el último escalón de la miseria, con los últimos restos de pobreza. ¿Es acaso el recuerdo del hambre mitigada momentáneamente que convierte al repugnante prestamista en alma magnánima y generosa y paraliza la acción revolucionaria del pueblo?

No, seguramente; es que el pueblo, ahora como antes, todavía no sabe más que pelear, sacrificar su vida, poner su pecho a las balas, sin que se dé bien cuenta de por qué ni para qué. Su acción es aún instintiva y va impulsada por los atavismos de barricada y de motín, por la influencia de los idealismos culpables que le convierten en héroe inconsciente de ignoradas causas. Su acción reflexiva apunta apenas en las contiendas contemporáneas. El espíritu popular empieza ahora a transformarse. ¡Difícil empresa operar el cambio sin menoscabo de la bondad tradicional y con la pérdida de la candidez idealística y quijotesca!

Porque es preciso que la violencia actual y el furor creciente del combate por el porvenir no nos lleve a la crueldad y a la ferocidad. Vamos hacia un mundo de justicia y de amor. ¿Llegaremos allá por la venganza y por el odio? Fuerza es luchar con los hombres y no con fanfarras; no con las cosas que ellos representan. Pero en este combate por lo mejor, la muerte no puede ser un objetivo, ni siquiera un medio, sino un accidente fatal, fruto de circunstancias momentáneas. Comprenderemos el odio, la venganza, el rencor, la injusticia y la violencia como estados pasajeros inevitables traídos por las concomitancias de la contienda; no los comprendemos como predicación que cifra en tan deleznables fundamentos el éxito de una aspiración levantada.

La acción reflexiva, privada de los elementos atávicos idealísticos, será aquella que teniendo por mira una aspiración de justicia, comience por aplicarla, antes que a las pequeñas, a las grandes causas de la desigualdad social. La conducta mejor será la que nos conduzca más directamente y con menos sacrificio de la existencia humana a la realización del porvenir.

Claro que nunca podrá ser la acción revolucionaria un problema de cálculo, frío y sin entrañas. La pasión entrará siempre como factor poderoso en la conducta de los hombres. Y lucha sin apasionamientos, sin vehemencias, no se comprende. Pero la pasión toma los carriles trazados de antemano por la educación, por el hábito, por la propaganda, etc. Y así, cuando la masa popular haya rolo con los convencionalismos molineros y ridículamente heroicos, tomará el camino de la acción reflexiva que le conduzca al porvenir según la línea de menor resistencia, es decir, con menos sacrificio de vida humana y más provecho para todos los hombres.

La ineffecta de las revoluciones que tanta sangre y existencias han costado al pueblo, es buen ejemplo de la culpabilidad de ciertos idealismos.

Sacudamos la herencia funesta y haremos más y mejor por el porvenir ambicionado.

(Natura, núm. 20, Barcelona 15 Julio 1904.)

del hambriento ladrón de un panecillo y al respeto a la propiedad sacrosanta del ladrón legal, enriquecido con el trabajo ajeno; se ha visto como el buen Juan se detiene siempre ante las grandes mentiras en que descansa el caserón vetusto del privilegio social. La voz de la reacción es poderosa todavía. Ella grita al pueblo moderación, respeto, templanza; condena todos los radicalismos y pide resignación y prudencia para ir elaborando lentamente un porvenir muy poco mejor que el presente detestable. Los maestros de la charlatanería política y social conocen y manejan bien los resortes de la sencillez popular. Habían elocuentemente a los atavismos heroicos que hacen del pobre el perro guardián del rico; despiertan los convencionalismos rancios de la honradez servil, de la lealtad humillante, y cuando la rebeldía popular estalla, la historia magnánima consigna la santa virtud revolucionaria que guarda los bancos, las grandes propiedades, los personajes del rebaño y fusila al miserable que cree llegada la hora de comer y de abrigarse. ¡Y qué cosa tan sencilla escapa a la penetración popular! En mil formas se ha dicho y nunca será bastante repetirlo: aquel famoso letrero de las barricadas republicanas estaría muy en su lugar si los revolucionarios empezaran por colgar de un farol, como suele decirse, a todos los detentadores del trabajo ajeno, políticos, propietarios, etc.

El resultado de la educación recibida por el pueblo no puede ser sino el que queda indicado. Los idealismos quijotescos de la democracia conducen forzosamente al afianzamiento de todos los anacronismos. Son idealismos culpables que tornan ineficaz la acción revolucionaria.

En nuestros tiempos de huelgas y alborotos obreros, ¿qué otra cosa se ve? Los trabajadores saben salir a la calle, poner su pecho indelencible a las balas; lo mismo que antes, son héroes de barricada con todos los debidos respetos a la santa propiedad, a la autoridad y a las personas. Los mismos idealismos culpables siguen inspirando la conducta de las masas.

¿Y por qué los obreros que luchan por una mejora o un ideal económico se entretienen en refirir absurdas batallas con la fuerza armada? Allí están el burgués admirado que los explota, el político que los engaña y explota, el cura que los envenena, engaña y explota; allí están el opulento palacio que insulta la miseria de sus pocilgas, la fortaleza-fábrica donde dejaron gota a gota su sangre; allí está el usurero que les alivió una hora de trabajo doméstico, por la última camisa o por la última blusa. A veces van los obreros a la puerta de la fábrica; ¿a qué? A vengar la traición de otros compañeros de hambre. El burgués tan tranquilo en su confortable vivienda. ¡Pena le muerte al esquiro! Y paz y respeto y consideración para el detentador del trabajo común, para el que explota para el que envenena, para el que engaña, para el que roba.

El fenómeno social no hizo más que cambiar de forma: los idealismos culpables continúan haciendo del buen Juan héroe legendario de la tonta honradez, de la necia lealtad que le convierte en perro guardián del amo que le azota, que le esquilma, que le mata.

Un hecho singular sobre el que es menester fijar bien la atención, es aquel que nos revela como todos los levantamientos

Son la valla que cierra el paso a toda labor creadora, a toda empresa de progreso, a todo intento de innovación.

Para la burguesía es pecaminoso pensar alto, sentir hondo y hablar recto. No hay derecho a ser persona.

Serviles de nacimiento, no transigen con quien no se someta a su servidumbre. Poco a poco van poniendo a todo el mundo bajo el rasoero de su mísera mentalidad. Y así dirigen la industria gentes ineptas; gobiernan el trabajo hombres inhábiles; está en manos de los más incapaces la función distributiva de las riquezas; de los más torpes, la administración de los intereses. Sobre todo esto se levanta la categoría privilegiada de los holgazanes avisados que maneja el cotarro público.

Si algún hombre de verdadero valor alcanza la cumbre, allá arriba se degrada, se envilece y claudica. Prontoamente va a engrosar el numeroso ejército de la mediocridad triunfante.

No se pregunta a nadie cuánto sabe y para qué sirve, sino cuánto tiene en dinero o en flexibilidad de espinazo. Poseer o doblarse bastante para poseer: he ahí todo.

Con semejante moral los resultados son, en absoluto, contrarios al desarrollo de la inteligencia y de la actividad. Por debajo de la aparatosa fachada del progreso y de la civilización, bulle la ignorancia osada, dueña y señora de los destinos del mundo.

Con semejante moral se convierten en estridencias de pésimo gusto las más sencillas verdades proclamadas en alta voz. Cualesquiera idealismos, aspiraciones o generosas demandas, son traídas por la turba adinerada como delirios insanos cuando no como criminales intentos. La locura y la delincuencia empiezan donde acaba la vulgaridad y la ramplonería del burgués endiosado.

El imperio de los mediocres acabará con el vencimiento de la burguesía. Entretanto será inútil disputarles el dominio del mundo.

(El Libertario, núm. 20, Gijón 21 Diciembre 1912.)

### LA LIMOSNA DE UN DÍA

Madrid, la ciudad de la muerte, se ha estremecido ante el doloroso calvario de la tuberculosis. La visión de la vida que se extingue lánguida y tristemente en la flor de la juventud, ha llenado de pavor los corazones, de reprobación los cerebros, de miedo insuperable las almas.

Y la rutina se puso en camino de organizar la caridad, cubriendo de aromas y de flores las inconfesadas culpas que depauperan y aniquilan la raza.

Se ha conseguido ahuyentar el pavor, la reprobación y el miedo. Se ha logrado que la conciencia calle y que al gesto de dolor humano que borra las castas y extingue los antagonismos, suceda la loca alegría que alborza en calles y plazuelas, inconsciente de su responsabilidad e ignorante de su castigo.

Las jóvenes burguesas y las jóvenes artistas que divierten al público a tanto por hora, han hecho derroche de gracia, de belleza, de abnegación por arrancar unas pesetas al sexo arrogante de la fuerza que claudica ante la sutileza de unas faldas que crujen suavemente.

Ellos las han lanzado a la calle organizando la limosna de

un día; ellas han obedecido los impulsos de su sensibilidad exquistista, capaz de amparar todas las angustias y de mitigar todos los dolores. Ellos han preparado una farsa; ellas han hecho un alarde de amor al prójimo.

Tan burguesas como se quiera, esos jóvenes valen mil veces por sus vestustos inspiradores. Allí está la inconsciencia de toda culpa; aquí la certeza de una responsabilidad exigible, de un delito consumado a toda hora, de un crimen social impune.

Se ha organizado la limosna de un día; ¿y qué será la limosna de un día ante la miseria y la extenuación de cada instante que agosta tantos millares de existencias juveniles, empobrecida la sangre, corroidos los pulmones, deshecho el organismo entero? ¿Qué será esa y todas las limosnas posibles ante la perniciosa de la explotación del trabajo, del hambre organizada, de la pobreza envilecida? ¿Qué será de esos sentimientos caritativos ante la formidable realidad irreductible que emerge de la desigualdad social y económica?

Satisfacción a la hipocresía ambiente, de un lado; satisfacción a la sensibilidad fementi, de otro. Y nada más.

Unas cuantas almas generosas habrán demostrado que hay algo que no es ruin egoísmo y sórdida avaricia en la especie humana; otras cuantas almas decrepitas habrán creído probar que no son insensibles a los dolores del prójimo y que al prójimo han rendido tributo de solidaridad y de amor. Pero la hubercolosis continuará triunfante su camino de muerte; los campos, las minas y las fábricas seguirán arrojando pulmones rotos, estómagos exhaustos, organizmos arruinados; y la multitud explotada proseguirá famélica su sendero de espantosos sacrificios a pesar de todas las limosnas.

Un sanatorio en cada ciudad, en cada villa y en cada aldea, y todos los posibles millones de la piedad embustera y del amor bien sentido, no serían bastante para curar un mal que arranca de la raíz misma de nuestra organización económica. El capitalismo y el industrialismo; el monopolio en la ciudad y el latifundio en el campo; la explotación por doquier, crean las riquezas inmensas de unos, labran la miseria insondable de otros. El hambre es consubstancial de la civilización; la tuberculosis es su resultado fatal.

Lo saben bien los mismos que organizan estas limosnas en busca de gratitudes humillantes; lo saben bien cuantos tienen en sus manos el panderero de la gobernanación y de la explotación públicas; lo saben bien los predicadores de amor y de caridad, los mantenedores pretendidos del derecho, los que presumen de distributores de justicias. Lo saben bien y no ignoran la importancia de su mentida piedad; pero la gaveta tiene una lógica inflexible, la explotación un rigor matemático y sería inútil pedir peras al olmo. La caridad nada remediará, mas dejará tranquilo al burgués.

El modelo físico —dignos con Le Danteo— de todas las caridades se encuentra admirablemente ilustrado en este cuadro de un cuentista italiano: «Un patriótico sumergido en las delicias de Capua, y que suda viendo a un esclavo partir leña.» (Acción Libertaria, núm. 1, Madrid 23 Mayo 1913.)

abruptos riscos; venga el caminar sin tregua tras el más allá jamás logrado. Cada uno de nosotros no vale más que su vecino por misero que sea. No vale una buena pluma, una bella palabra más que el golpe de martillo que forja el hierro, que labra la piedra, que abre la mina; no vale más que la cuerda por donde el pocero se descuelga para limpiar las basuras comunes. No debería ser menester que tal se dijera a las alturas sociológicas a que hemos llegado y de que muchos se envanece; pero lo es, sin duda ninguna, porque todavía estamos en las mantillas de una liberación muy boceada, pero incumplida.

Es necesaria esta liberación para todos los preconizadores de una sociedad libre. No hagamos, por ello, capillas; no levantemos muros divisorios. La anarquía es la aspiración a la integralidad de todos los desenvolvimientos. Trabajemos, pues, en bloque por la emancipación de todos los hombres, emancipación económica, emancipación intelectual, emancipación artística y moral.

La pobre presunción de un puñado de hombres que haya podido concebir con alguna amplitud este porvenir hermoso y grande, humanamente justo, vale bien poco. Son los bárbaros los que empujan vigorosamente, los que van derechos al mañana entrevisto, los que con su acción decidida, muy grosera, pero muy eficaz, despiertan las «solientas» imaginaciones de nuestros jóvenes y de nuestros precursores. Son los bárbaros que golpean furiosamente nuestra mentalidad y nuestra afectividad, sumergida todavía en los atavismos filosóficos y dogmáticos; que golpean con igual furia a las puertas de la fortaleza capitalista y autoritaria.

¿Odios? ¿Palabras gruesas? ¿Adjetivos duros prodigados en demasía? ¿Para qué?

Lo que hace falta son ideas, ideas e ideas; acción, acción y acción. Y después, que los superhombres, los escogidos, los talentosos, tengan todavía el arranque, que pudieran juzgarse sacrificio, de repelir con todo: **Todo por los bárbaros.** (La Revista Blanca, núm. 124, Madrid 15 Agosto 1903.)

**IDEALISMOS CULPABLES**

Es digno de estudio el espíritu popular durante los grandes trastornos políticos y sociales. Ya sea por infantiles atavismos, ya derivado de predicaciones demasiado idealistas, las rebeldías del pueblo suelen ir acompañadas de actos que, si ponen de manifiesto la inagotable bondad del corazón humano, muestran también cuanta parte tiene, en la ineffecta de las revoluciones, la candidez general.

Por harto conocido, holgaría citar el hecho singular de que las insurrecciones democráticas alzasen el famoso grito de muerte al ladrón, mientras consentían que los grandes ladrones esperasen agazapados en sus palacios a que la tormenta revolucionaria amainase. Pero no se considerará así si se tiene en cuenta que el espíritu neto de tal conducta vive todavía en el pueblo y además se ha reafirmado, un tanto modificado, en el terreno de las contiendas sociales.

En todos los sucesos contemporáneos de alguna resonancia se ha visto como el buen pueblo continuaba aferrado al castigo

Un crimen horrendo ha sido descubierto en la capital de España. El éxito tardíamente obtenido, se lo disputan todos, periodistas, agentes de Policía y policías de afición. El beneficio, cantante y sonante, del descubrimiento del delito, va a las cajas de la Prensa de gran circulación, que estos días he hecho absoluto abandono de los asuntos públicos.

Sus nutridas columnas son insuficientes para relatar, de todas las maneras posibles, las cosas más espantables. Sin duda, no es ahora oportuno velar con los pudores de la moral corriente las suciedades más repugnantes y las infamias más horribles. Prensa y público, pasado el primer momento de asombro, parecen gozosos de refocilarse con las más repugnantes escenas de bestialidad.

Que sepamos, nadie se ha parado a considerar cómo durante tan largo tiempo se han podido cometer monstruosidades tales entre gentes que vivían en la ponderada esfera de las personas decentes, cultas, bien educadas. Porque es lo cierto que, de los largos relatos de la misma Prensa, resulta que el estupro, el asesinato, el juego y la prostitución figuran en el haber de ciertas categorías sociales de una manera tan considerable, que invita a dudar si el hampa verdadera se cobija en cuevas y sótanos o en edificios pulcros y bien amueblados; que sugiere la idea disolvente de que las clases que se dicen superiores están absolutamente degradadas.

En el desmedido afán de información, se nos ha hecho ver que no se trata de un crimen personal aislado. Se está haciendo un terrible proceso del mundo social en que vivimos. La espuma arroja ahora a la superficie todas las inmundicias. Danzan a un mismo tiempo los garlitos y los círculos aristocráticos, las grandes cocotas y las miserables callejeras, los aficionados y los profesionales del vicio, del delito, del crimen. Hay una porción de cosas que se desmoronan. No es menester señalarlas.

¡Cuántas ignominias todavía ocultas, ignoradas por siempre y para siempre! El feroz descuartizamiento de un hombre plantea brutalmente el problema de la degeneración humana y de la impotencia jurídica para curar o reprimir el crimen.

No falta quien hable de regresión a la barbarie. Pero, ¿hay algo semejante en el hombre prehistórico? Nada nos permite afirmar de nuestros antepasados análogos abominaciones. En la lucha por la vida, como quieren algunos que haya sido durante las primeras edades, habrán podido llegar los hombres al canibalismo por necesidad, por hambre, no saciable de otra forma. Lo de ahora es cosa muy distinta: es el fruto, es la espuma de la civilización; es también el corolario de aquellas teorías que, con nombres nuevos y sonoros, quieren justificar todos los desmanes, todos los horrores del canibalismo dorado y bien vestido. Van desfilando por las columnas de los diarios depreaciones, vilezas, estafas, porquerías, robos, asesinatos. A mayor abundamiento, se recuerdan terribles delitos impunes, cuya génesis quedará para siempre olvidada. ¿No es esta la revelación de un estado social de envilecimiento, de decadencia? El mismo hecho de que al presunto delincuente se le trate a cuerpo de rey, puesto que la Prensa le lleva la cuenta de los filetes que come y de sus

que todo se deriva de nosotros mismos y que el más hermoso ideal de todos los ideales es aquel que formulamos al afirmar que la labor de los siglos y de las generaciones no es para el hombre más que uno: el de superarse a sí mismo. Vayamos tras el hombre nuevo, trepemos animosos por los abruptos riscos; que la fe, sin embargo, no nos ciegue hasta el punto de olvidar que no hay un término para el desenvolvimiento humano; que el ideal se aleja tanto más cuanto más a él nos aproximamos; que la cima, en fin, es inaccesible. Pero abramos de par en par las puertas de nuestro entendimiento, reuniendo en una amplia síntesis el contenido de la aspiración suprema, de la cual no son más que elementos componentes todas esas parciales doctrinas que parecen dividir a las falanges que preconizan una sociedad libre. El desarrollo integral de la personalidad, el anarquismo sin prejuicios, sin particularismos, tal es la expresión genérica, universal, positiva de tantas y tantas al parecer divergentes tesis de nuestros jóvenes, de nuestros precursores y de nuestros propagandistas.

Cuando esto se haya hecho habrá comenzado la autoliberación, cuya necesidad viene impuesta por el desarrollo de las ideas y las exigencias de la lucha. Pero no habrá hecho más que comenzar. Faltará todavía que nadie se encierre en su torre de marfil, que nadie pretienda quedarse en las cumbres del saber, engreído que se desvanece con los zahumerios de su propia soberbia. Antes que seres pensantes, antes que artistas, somos animales de carne y hueso que necesitamos nutrirnos, llenar el estómago, cumplir todas las funciones fisiológicas, acallar la bestia para que el hombre surja. Es menester mirar a las multitudes que mal comen y mal visten, que lo ignoran todo porque de todo carecen, que arrastran una existencia más miserable que la de los brutos; y mirarias, no por caridad ni por humanidad, sino porque tienen el mismísimo derecho, el total desenvolvimiento que el más pulcro, el más sabio, el más esteta de los intelectuales, de los escogidos; porque la emancipación, para ser real y efectiva, ha de ser universal, que en medio de un rebaño de hombres nadie podría gloriarse de gozar libertad, bienestar y paz.

Si no hubiere íntima compenetración entre todos los que de un modo o de otro sufren las consecuencias de los anacronismos sociales; si se hicieren de los ideales modernos regalo exequito de los entendimientos superiores y se dejara a la masa ignorante — que no lo es más que en los términos de una petulancia sabia inaguantable—; si se dejara a los bárbaros abandonados a su estultez y a su miseria, ni la emancipación llegaría jamás para los humanos, ni sería, en último término, para los que la fian a su propio esfuerzo y a su propio valer, más que un espejismo que, al cabo, les llevaría a la negación y a la degradación de sí mismos.

Por los bárbaros ha de ser el lema de los preconizadores de una sociedad nueva. Pan, mucho pan para los ateridos de frío, para los desnudos; vivienda amplia, bien oreada, con mucha luz y alegría para los que se acurrucan en sombríos tugurios; y venga luego, o mejor al propio tiempo, ciencia, mucha ciencia; arte, mucho arte; venga la vida gozada intensamente en todas sus modalidades; venga la obra personalísima de trepar por los

preferencias por los buenos manjares, ¿no pone bien de relieve cómo hasta en esto la delincuencia bestial hay categorías y cómo es posible aun que la multitud halle atenuaciones para la infamia decente mientras es capaz de ensañarse con un demente, con un fanático o con un pobre enfermo de irremediable epilepsis?

Si nosotros tuviéramos poder bastante, habríamos hecho de modo, por respeto a la dignidad humana, que ninguna de las abominaciones de estos días trascendieran al público. Una humanidad que se juzga capaz de esos horrores está decepitada moralmente. Ni los gritos de indignación, ni las airadas protestas, ni la exaltación de la ética en uso la limpia de las excrecencias que la espuma va arrojando con motivo de una abominación inconcebible.

Tratárase de seres egoístas, solitarios de la vida, desesperados de la existencia, hampones de lupanar y de garito, sin amores a su rededor, sin ternuras y sin caricias que no sean mercenarias, y aun hubiera explicación la horrible tragedia. Pero hay de por medio hermanos, hijos, niños inocentes, la familia amorosa, presa de ansias y de cuidados, y no existe, para nosotros, explicación posible fuera de la decadencia bestial a que nos conduce la civilización con todas sus aberraciones políticas, sociales y religiosas. Sin duda, por el fruto se conoce el árbol. Y si en el mundo todas las cosas obedecen a un determinismo en que concurren herencias del pasado y adquisiciones del presente, digámenos si la actualidad aterradora de estos días no hace el proceso y dicla la sentencia contra un orden social en que, a poco que se haga, habrá que buscar un hombre honrado con la linterna de Diógenes.

La espuma, la férida espuma, donde a borbotones, sobre la superficie, todas las impurezas de una sociedad moribunda. (Acción Libertaria, núm. 2, Madrid 30 mayo 1912.)

#### REGIMENTACION Y NATURALEZA LA OBRA DE LA CIVILIZACION

La vida civilizada consiste principalmente en suplantar a la Naturaleza con todo género de artificios. A la espontaneidad de los movimientos, de los impulsos y de las acciones sustituye la reglamentación y la disciplina educativa, que viene a ser una verdadera domesticación sistemática. Así, civilizar es la mismo que ahogar en germen toda libertad, toda inclinación, todo impulso natural. El hombre civilizado siente, piensa y obra cronométricamente y a la medida impuesta por los educadores en la niñez. La diatfanidad del pensamiento, la sencilla pureza de los afectos, la franca nobleza de los actos, son cosas vitandas. Hasta respecto de las energías orgánicas se ha hecho del hombre un muñeco. ¿Para qué necesitamos de la fuerza física? Abundan los honitos jugueteos que matan. Gracias a ellos, se ha podido formular una grave sentencia: el revolver ha igualado a todos los ciudadanos.

De acuerdo con el ideal civilizador, lo esencial es hacer hombres poderosos por su inteligencia y poderosos por su disciplina; poderosos por sus medios ofensivos y defensivos. La Naturaleza

¿Hay dualismo? Si existe búsquese su origen en la sequedad y el particularismo de los intelectuales, palabreja inventada en mal hora para acusar la existencia, de una casta más, cuando es preciso que no quede sobre toda la tierra ni un solo muro, ni un solo valladar, ni una divisoria, ni un amojonamiento.

Preconizamos una sociedad nueva a nombre de ideales amplísimos de emancipación integral. ¿Nos hemos emancipado nosotros mismos moral e intelectualmente? Mostramos a cada paso nuestros exclusivismos hasta el punto de que mientras abajo —permítaseme este lenguaje clásico de los tiempos heroicos de la sensibilidad democrática y socialista— que mientras abajo, digo, se bate el cobre todos los días, arriba, entre los que alardean, quedamente ó en alta voz, de una superioridad hartodudosa, se bate... la tontuna teorizante, se hace alarde de fatuidades intelectuales necias y se libra la batalla de los mezuquinos personalismos y de los rencoreillos mal encubiertos.

Se me dirá que entre la multitud grosera e ignorante, que así entre los campesinos extenuados por un trabajo aplastante, como entre los obreros industriales embrutecidos por la fábrica, cuando no por la taberna, también la pasión hace estragos y el raquilismo de miras y la envidia y el encono esterilizan la fuerza necesaria a la emancipación personal y a la emancipación colectiva. Mas cuando esa fuerza es sacudida por cualquier circunstancia, la legión de esclavos sobreponese a todas las minucias; y entonces es menester entonar himnos a la bravura, al espíritu grande de solidaridad, a los arreos heroicos de los bárbaros. Hablad de aquel mágico erquiñese del proletariado barcelonés; hablad del obrero de La Coruña, de Badajoz, de La Línea, de Sevilla y de tantas ciudades que hicieron en pocas horas por el advenimiento de la revolución más que las innumereables y largas tiradas de artículos y de discursos de los intelectuales. Salud de España: Holanda, Italia, Norte América, la República Argentina. ¿no han presentado en línea de batalla enormes masas conscientes de trabajadores solidarios en la más amplia y generosa labor humana?

Es menester amigular el prurito teorizante, dar garrote vil a todos los exclusivismos: al dogma, al espíritu sectario. ¿Auto-liberación se ha dicho? Pues es preciso desembarazarse de los prejuicios de escuela, de los errores de método, de los vicios de estudio. Todo es Verdad fuera de cualquier particularismo doctrinal. Exáltase cuanto se quiera la personalidad, que contra el encogimiento cobarde del individuo sometido a todas las brutaldades de la fuerza que le anula, grande, formidable es hecesario que sea la reacción provocada. Cánchese con fuerte y vigorosa voz la vida, la vida digna de ser vivida, que contra el moribundo aliento de una humanidad sojuzgada, famélica y enferma, energética, decisiva ha de ser la pócima que le retorne a las esplendideces de la existencia sana y alegre y satisfecha. Ríndase a la belleza, el arte, el tributo de los más puros entusiasmos, que contra la fealdad espantosa de una sociedad que se arrastra en todas las pesilencias y suciedades de una sociedad que se ha de ser necesariamente poderoso el reactivo. Llevemos tan allá como quupa en los espacios de nuestra mentalidad la supremacía del hombre, su propio yo como eje de toda la existencia; que habituados a la vida servil, somos incapaces de comprender

buena, noble, pura: la bondad del propósito. Pero a partir de esta bondad, cada uno mira más para sí mismo y con mayor intensidad hacia el exterior de ropales y plumajes que hacia dentro, donde radica el entero y positivo valor de la personalidad. La multitud queda sacrificada cuando no sumida en el desprecio olímpico de los escogidos: puesta en cruz antes, puesta en cruz ahora, puesta en cruz siempre.

Así como tuvo Proudhon y tuvo Marx sus satélites; así como los astros brillantes de la escuela filosófica alemana hicieron su obra de proselitismo y dividieron las inteligencias en tantas cuantas legiones requieran sus distingos sutiles; así también nuestra juventud, nuestros apóstoles, nuestros novísimos precursores hanse dividido hasta infinito, sumidos en la beatitud contemplativa de unas cuantas tesis hermosas, chocantes a veces, a veces crueles y antihumanas. Marx y Bakunin, Stirner y Nietzsche, Spencer y Guyau, todos los que se han puesto en la labor especulativa un poco de arte o un poco de ciencia, todos los que han dado una nota vibrante, tienen a su devoción entusiastas partidarios cuya visualidad es apta solamente a través de un cristal único de coloración invariable.

Y allá van los preconizadores, jóvenes y viejos, atropelladamente tras un mundo nuevo, una sociedad libre, mientras su mentalidad se extravía en el angosto cauce del dogma y de la secta, mientras su neurósica afectividad se diluye en una egófica moralidad infecunda, muerta. No hay liberación allí donde el exclusivismo de una tesis seca las fuentes de la verdad amplia, grande y generosa. No hay liberación allí donde sólo repicute armónicamente un ritmo único. No hay liberación ni mental ni moral. Hay reproducción, bajo nuevas formas, de las viejas preocupaciones y de las viejas immoralidades.

La propaganda marcha así envuelta en todo género de errores y particularismos. Quien sólo para mientes en las necesidades materiales; quien canta monótonamente las excelencias de una vida que hasta ahora no merece la pena de ser vivida; quien se enajena en la contemplación arrobadora de la belleza, harto lejana en medio de las miserias y de los horrores del momento; quien se encarama a las alturas de la superhombria y mira con desdén olímpico la pequeñez de los microbios, que trabajan como lobos y sudan sangre para que todo esto que vivimos no se derrumbe; quien, en fin, después de recorrer toda la escala del humanismo sentimental, va a encenegar en la charca del más bestial egoísmo elevado a la categoría de supremacía de los hombres.

Entretanto, los supervivientes de la esclavitud y la servidumbre, los mismos jornaleros del surco, del taller y de la fábrica, la masa ignorante y grosera que dicen algunos, allá se debate y revuelve rabiosa contra todas las fatalidades ambientales que la aniquilan. Sojuzgados, sometidos, materialmente anulados como hombres por la falta de lo que gozan hasta las bestias, ¿qué gran obra no es la de los obreros que sin sutilezas filosóficas o artísticas está transformando el mundo en el fragor de las luchas contemporáneas?

La chispa, la luz, estará allí en la mentalidad de los precursores; la acción está aquí en el impulso irresistible de los barones.

nos los entrega torpes e indisciplinados y, además, del todo indefensos e inofensivos. La civilización los transforma. Su obra es maravillosa.

Mas, hétenos aquí que los civilizadores se sienten un poco avergonzados de su talla y de su fuerza. La igualdad ante el revólver no les place. Siempre hay un arma más fuerte en mano de un hombre más decidido. El atletismo se hace moda. Y hasta la frase **hacer un buen bruto** tornase elegante. No haya temor, sin embargo, de una vuelta a la Naturaleza. El contrasentido de la civilización no se confiesa. Se insiste en el artificio. Gimnasia de salón, gimnasia sueca, gimnasia de circo; ejercicios de exploradores, regimientos de pequeños soldados, bandadas de fornidos jugadores; todos los deportes de la fuerza se ponen a contribución a fin de obtener buenos y poderosos puños. Por supuesto, todo muy reglamentado, absolutamente rítmico, estrochamente disciplinado. Nada de movimientos fuera de tiempo y de compás. Nada de ejercitar la energía sin cuentiagotas. Nada de libertad y de espontaneidad en la acción. ¿Qué sería de la educación física sin la batuta del director de orquesta?

Hace días publicaba cierta ilustración francesa un hermoso grabado, en que se veía un grupo de señoritas alemanas en las más ridículas posturas gimnásticas. Todas a una verificaban los más extraños movimientos. Planchas, piraetas, cabriolas, de todo se hacía acompasadamente y a la voz de mando.

Pensamos en seguida que aquellas señoritas se harían mucho más vigorosas y sanas y serían también más felices corriendo libremente por la pradera, persiguiéndose en la grave frondosidad del bosque, brincando por peñas y riscos o bañándose en sol sobre la cálida arena de la playa. Pensamos en seguida que los pulcros jayanes que pierden su tiempo en los salones de esgrima, en los juegos de pelota, en las carreras de caballos, en los deportes náuticos, estarían mucho mejor corriendo por las playas, bosques y praderas tras las lindas mozas de rosados colores que invitan a besos; estarían mejor trepando a los árboles para alcanzar a sus adoradas los ricos frutos de la pródiga Naturaleza; estarían mucho mejor en plena libertad de acción y pasión. El muñeco mecánico no es de ningún modo preferible al hombre natural.

No es, sin embargo, éste el peor aspecto del contrasentido en que incurre la civilización. Allá se las hayan los pudientes con su mal gusto por los artificios gimnásticos.

El lado peor, irritante e insoportable de tal contrasentido es que se entregue la juventud dorada al ejercicio físico improductivo, mientras se obliga a la masa proletaria a un exceso de trabajo agotador para que la holganza privilegiada pueda continuar sus estériles y enervantes desvanes. Trabajar unos hasta extenuarse, y que otros, para divertirse, se pongan ridículamente a mover brazos y piernas y tronco sin finalidad y sin provecho, es el colmo del absurdo civilizado. ¿Se quiere el hombre vigoroso y sano? El trabajo libre, compartido por hombres libres e iguales, sería el más bello de los deportes y el más sano de los ejercicios. No hay agilidad comparable a la que se adquiere en plena Naturaleza. No hay vigor más firme que el que se obtiene en el ejercicio de una obra cualquiera, espontáneamente adaptado a su objeto. No hay salud más duradera que

la que se gana en el desarrollo armónico de una vida que así misma se ordena, trabajando o gozando, según place en cada momento. La libertad y la espontaneidad en el desenvolvimiento de las facultades y de las aptitudes del hombre, constituyen la sólida base de su salud y de su dicha.

La civilización podrá conseguir que los atletas de la aristocracia y de la burguesía lleguen a ser capaces de tirar de un carro mejor que cualquier bestia, pero no logrará hacer de ellos hombres sanos y dichosos. La salud será, en esas gentes una cosa sobrepuesta; la dicha, una mueca de hastío.

Y, entretanto, los poderosos músculos del campesino y del obrero, pese a la bárbara carga del trabajo esclavo, seguirán desarrollándose y seleccionándose al par que se educan por la inteligencia y por el creciente dominio de la técnica. Hasta que, por una inevitable reacción de la Naturaleza, el hombre que trabaja voltee de un soberano revés al hombre que se complace en la caricatura del trabajo.

Los contrasentidos de la civilización durarán lo que dure la inconsciencia de las multitudes. Parécenos que los tiempos actuales, no obstante la recrudescencia de todas las barbaries históricas, están gritando que la inconsciencia acaba.

Por pequeña que sea la minoría de los capacitados para la revolución, es una minoría temible.

(Acción Libertaria, núm. 11, Madrid 1 Agosto 1913.)

## EDUCACION LIBERTARIA

POR LOS BARBAROS

Marravillame el aturrido despertar de una porción de inteligencias jóvenes a las ideas nuevas. Y digo nuevas, sometido un tanto a los serviles modismos de una pobre literatura que se hincha con palabras y se nutre de vaciedades. Nuevas no lo son. Cualquier postura que se tome se acomoda bien a esta o aquella filosofía del tiempo viejo. Quitad las formas y las influencias de la época, y lo hallaréis todo, mejor o peor definido, en la sabiduría vulgar y en la sabiduría de casta. Cuestiones de método, injertos de ciencia desenvuelta en raquíticos arbustos de especulación naciente, refinamientos de la nerviosidad contemporánea, es cuanto de novedad puede ofrecerse al incauto lector que busca en el libro orientaciones sanas para su cerebro. Lo mismo en el período sociológico, que el político y teológico, se debate un asunto primordial, un problema único, pero amplísimo, que abarca la existencia individual y la existencia de la humanidad entera: el derecho al desenvolvimiento integral. En cada tiempo, los términos del problema afectan una forma diferente; pero la incógnita permanece irreduciblemente la misma. Y es que, procediendo los hombres por tanteos, a la hora actual todavía no se sabe si hemos dado con la ecuación que, ligando por sus verdaderas relaciones los términos verdaderos de la cuestión, nos ha de facilitar el hallazgo inmediato del valor real de la incógnita.

La anulación del individuo se llama un día fe, después ciudadanía; el trabajo se organiza un tiempo en la esclavitud, en la servidumbre luego, en el salariado finalmente. Y el nacer de las teorías redentoras implica siempre las mismas pretensiones: ya se llama libre examen, ya igualdad ante la ley o bien emancipación del esclavo y supresión de la servidumbre, para venir a parar, como último término, en la libertad total de manifestación y de acción y en la igualdad económica y social. En suma: grados diferentes de una misma aspiración que se resume en lo que hemos llamado el derecho al desenvolvimiento integral de la personalidad como productor y como hombre.

En nuestros días, cuando el pensamiento ha formulado los mayores atrevimientos, hallada, según creemos, la ecuación definitiva del problema, las inteligencias jóvenes se han lanzado resueltamente por el sendero de las sorpresas intelectuales. Empiezan las singularidades, las posturas airosas, los gestos bellos, y en la inecuidad de un dietantismo personalísimo, se consuma la obra extraordinaria del levantamiento de una nueva Babel a la mayor gloria de los egoísmos individuales. En el despertar de la juventud sólo hay por el momento una cosa

La amistad es una necesidad. El combate en pro del mejoramiento personal puede librarse en la tierra, pues no existe otro lugar más que ella para los hombres. Que esto sea el credo de la libertad humana. «No existe casta alguna como no sea el individualismo. En ella sólo reside el control personal. El bienestar y la alegría son los fines de la humana existencia. No existe otro mundo. Con la muerte todo termina.»

Siendo el presente todo lo que nos pertenece, aprovechemos de él lo mejor que podamos. El placer es la sola cosa que sea buena; sea la alegría de la contemplación o las delicias del cuerpo, el sólo fin razonable del hombre es el goce. «Sabios, como Vyasa, os dirán que debéis responder al deseo de una mujer que está en el momento de la pasión.»

Y aun cuando el dolor se mezcle con el placer ¿deberemos maldecir la vida? «¿Renunciaremos a cosechar lotos, porque en ellos hay espinas, a pescar peces a causa de sus espinas y de sus aristas, a preparar comida por temor a los mendigos?... Supongamos que dos amantes se encuentran después de una larga separación, en el curso de la cual su corazón ha sufrido mucho. Luego de haber derramado tantas lágrimas y suspirado tanto, su nuevo encuentro, ¿no les procurará una felicidad maravillosa, de la cual no puede hacerse idea la pareja que siempre ha vivido junta?»

Traducido del libro REBELS OF INDIVIDUALISM, uno de los más meritorios de nuestra época. Como se vé, este estudio trata del espiritualismo esclavista de las religiones oficiales y del materialismo reflexivo que se les opone. Este dualismo ha sido ya estudiado a fondo entre los materialistas alemanes (Büchner: FUERZA Y MATERIA) y los espiritualistas deístas de la teología. El mismo Flammarion, «espiritualista científico» (DIOS EN LA NATURALEZA) se opuso al materialismo germano. De todos modos, todas las tendencias del anarquismo se inspiran en el materialismo arreligioso.

Y volviendo a Tcharvaka, mencionemos aun estos párrafos, extraídos del libro LA RELIGION DJAINA, de A. Guerinet:

«Las corrientes nihilistas y materialistas, parecen haber prevalecido hacia los siglos VI y V A.C. Entonces, en efecto, las doctrinas de los nostikas, es decir de los negadores (na asti, nada existe), sostienen

\*

Veintisiete siglos de inhumanidad humana han servido para confirmar la sabiduría olvidada de la Saga, sobre la libertad material. Agobiada por la ascensión de un Estado omnipotente y los esfuerzos combinados de un brahmanismo renovado, y de las nuevas religiones budista y jainista la escuela materialista se desvanece como una humareda. La voz de la protesta individual fué silenciada brutalmente. La vida en India se volvió una tormenta insoportable, prodigada por una «providencia implacable». Sin embargo, desde su tumba, se elevan regularmente estas palabras proféticas, que Tcharvaka el invencible, lanza como una flecha, para perturbar la quietud de los gobernantes, del país regado por el Indus:

«No hay esperanza ninguna en que venga nunca una época, en donde el materialismo desaparezca de la tierra, enteramente; no hay esperanza ninguna en que venga una época, en donde el hombre, no importa el grado de perfección que alcance, esté más influenciado por lo invisible que por lo visible, más influenciado por lo eterno que por lo temporal.»

Jack SCHWARTZMAN

una lucha a menudo victoriosa contra las tendencias brahmánicas. En el punto de vista teórico, recomiendan el total escepticismo. Si cada individuo posee un alma, dicen, estas almas sólo existen con el cuerpo y no lo sobreviven. La cuestión de un mundo del «más allá» ni existe. Así, es conveniente gozar sin escrúpulo de la vida presente, ya que no existe otra. La beatitud consiste en el placer físico.

«Fueron sobre todo los **tchavarkistas**, los que sistematizaron estas opiniones. Pretendían que solamente los cinco elementos: tierra, agua, fuego, viento y aire, son las causas de todas las cosas. El alma es función de estos elementos, y cuando entran en disolución, desaparece. El mundo se rige a sí mismo: lo que existe se desarrolla en virtud de su naturaleza y de sus propias fuerzas. Este universal mecanicismo excluye, evidentemente, al libre arbitrio.» (N.d.T.)

Versión castellana de Vladimir MUÑOZ.

## Alain Gerbault, sabio del Océano

Todas las épocas carecieron de Hombres, en el sentido ético de la palabra. He ahí la gran crisis de todos los tiempos. Si antes de la presente era vulgar, cuyo alcance abarca casi dos milenios, Diógenes de Sinopo buscaba con su linterna cuando el sol estaba en el cenit, por las calles de Corinto y Atenas, al Hombre, ¿qué pensar de nuestros gregarios tiempos? Razón tenía Eurípides al escribir que «por cada ser que surge al mundo apto a ser un Hombre libre, lo hacen miles propensos a ser tiranos y esclavos».

Sin embargo, en nuestro mundo convulsionado de hoy, en nuestro planeta enloquecido, sede de una humanidad en plena demencia, surgen también potentes individualidades que significan lo que de más noble y grande tiene nuestra especie: la conciencia y la dignidad de la persona humana.

Alain Gerbault, el célebre navegante solitario que dió la vuelta al mundo con su velero, es, en toda la acepción del vocablo, uno de esos hombres libres y dignos a que me he referido.

Los críticos superficiales, deformadores en vida y en muerte de las grandes personalidades humanas, siguen creyendo aún que Alain Gerbault, era «un simple aventurero del mar». Para mí, sin embargo, era un filósofo que, asqueado de la falsedad de nuestra civilización, ansiaba las soledades oceánicas, del mismo modo que Thoreau, en el Concord del siglo pasado, se alejaba por los floridos senderos de Walden. Los dos fueron sabios, es decir «sages» en el sentido de sabiduría o arte de la conducta humana.

Su viaje alrededor del mundo con su velero «Firecrest»

(Cresta de fuego)—Cannes, 25 de abril de 1923; Le Havre, 26 de julio de 1929—fué para él una gran experiencia desde el punto de vista de la sabiduría. La pérdida de la soledad del océano ilimitado, por él tan amada, y el contacto con una civilización podrida, fueron para él una saludable reacción. En sus hermosos libros, traducidos a varios idiomas: «Seul a travers de l'Atlantique», «A la poursuite du soleil», «Sur la route du retour» y «L'Évangile du soleil», describe aquel viaje alrededor del globo terráqueo, que hizo sensación por su originalidad.

Al partir por segunda vez, con su nuevo velero «Alain Gerbault», desde Marsella, el 28 de septiembre de 1932, era ya un verdadero filósofo. Asqueado ya para siempre de la civilización europea, retornaba hacia su verdadera patria: es decir, el océano, en el que se encontraban sus islas queridas de Pora Pora. En su magnífico libro «Sur la route du vrai retour», que editores medrosos y conformistas han bautizado «Iles de Beauté», escribe: «Los europeos, con su increíble orgullo de civilizados, se consideran como los solos humanos y no quieren admitir que la vida en los pueblos insulares, bajo el sol tropical, es más bella y más hermosa a vivir que la de los países oprimidos por el respeto humano, las convenciones sin número, la hipocresía, el falso pudor, las religiones deformadas y caducas, el dinero que adoran y la conquista de los artificiales goces que procuran». Pero las islas Marquesas eran ya presa de una civilización blanca despiadada; por consiguiente, se operaba progresivamente la destrucción de la vida armoniosa que reinaba allí antes de la llegada del bárbaro a tez blanca. Escribiendo un libro muy hermoso sobre este tema, Alain Gerbault defendió la causa de los indígenas contra los bárbaros «civilizados». «Sous la civilisation blanche sans merci» ha sido bautizado aún por los mismos medrosos editores con el llama-

mativo título de «Un paradis se meurt». Es más que necesario el leer detenidamente estos dos últimos libros para bien comprender a Alain Gerbault.

El 7 de mayo de 1937 dejaba para siempre su querida isla Pora Pora, pues a causa de los acontecimientos mundiales ulteriores ya a ella vivo no pudo nunca más volver. Estallada la cruel guerra mundial, tuvo dificultades con las autoridades chovinistas de su antigua patria y «prit le large» como se dice en galo, para alejarse de aquellos dementes. Fué en un hospital de la isla de Timor, colonia portuguesa, en donde feneció el 16 de diciembre de 1941. Su barco desapareció sin dejar huellas, a causa, sin duda, de los ocupantes japoneses.

Su supremo deseo concerniendo su muerte: «Si ocurriera que yo muriese en tierra, desearia ser remolcado a alta mar con mi velero, y que éste fuese hundido con todas las velas y pabellones en los mástiles, sumergiéndonos ambos en el mar, del cual amo la posesión», no pudo ser cumplido. Su más fiel amigo, Pierre Albarran, estimó que, no pudiendo cumplir dicho deseo, el mejor lugar de reposo era la isla de Pora Pora, la que había preferido de todas. Terminada la guerra y con la iniciativa del «Yacht-Club de Francia», se envió desde Saigón a la isla de Timor a una embarcación, que condujo sus restos a la isla de Pora Pora.

Pierre Albarran, con la colaboración de Janine d'Almeida, escribió una hermosa biografía titulada «Alain Gerbault, mon ami», a la que remito al lector estudioso que quiera documentarse ampliamente sobre Alain Gerbault, que no sólo fué un «original», sino que será siempre para los enamorados de lo Bello, el verdadero sabio del Océano.

Vladimir MUÑOZ

## ALGUNOS PENSAMIENTOS DE ALAIN GERBAULT

«Las ciudades son como las enfermedades contagiosas que la civilización esparce y derrama por la hermosa naturaleza virgen. Hablar de una «bella ciudad» es lo mismo que imitar al médico cuando habla de una bella plaga...»

«Yo no creo en la dignidad y en la necesidad del trabajo. No ha nacido el hombre para trabajar. El trabajo es solo sagrado cuando se desea adquirir lo que es necesario para la existencia, pero el sabio limita sus necesidades, pues la lucha por la adquisición engendra las guerras...»

«A veces pienso, cómo mi existencia sencilla y ruda debe ser incomprendible para todos los que no saben que en la moderación de las necesidades se encuentra la fuente de la felicidad.»

«Yo me intereso por todos las miserias de la calle, por todos cuantos son pobres y carecen de trabajo, siendo perseguidos por la policía. Me agrada el hablarles y ayudarles. Enemigo de las concenciones de una civilización basada sobre el respeto de la potencia del dinero, tengo por toda esta miseria callejera, piedad y simpatía.»

«Mientras que nuestras leyes protegen todas las vejaciones de los grandes bancos, de los trusts de los ricos y de los potentados, el derroche de los dineros públicos que hacen los políticos, no tienen piedad para los pobres sin defensa.»

«Yo no pertenezco ya a la tierra, sino a mi velero y al mar. Al contrario de la mayoría de los hombres, que tienen miedo cuando se embarcan y no se encuentran felices que

cuando pisan tierra, yo, tengo el temor y la angustia de morir en tierra...»

«Aparte de algunas raras excepciones, no he encontrado entre los hombres blancos, en mis escalas, nada más que celos, envidia, maldad y odio. Y no pueden perdonarme el haber sabido liberarme de las convenciones que los esclavizan...»

«Estoy persuadido de que sólo una existencia en armonía con la naturaleza, adoptando las tradiciones milenarias de los indígenas, puede darnos el vigor y la salud...»

«La encontré una tarde, por casualidad, viéndola a través del cañaveral que bordeaba el camino. Completamente desnuda, esta joven marquisiana, se lavaba en la clara agua de un torrente. Por algunos momentos me quedé invisible, mirándola, maravillado por la perfección de sus formas y la belleza escultural de sus actitudes. Era por cierto la misma admiración que había hecho decir a Quiros y a Cook que la raza marquisiana era la más bella del mundo, cuando el archipiélago estaba cincuenta veces más poblado y cuando las maravillosas chicas de las islas, sin una tara, sin un defecto, nadaban en alegre tropel hacia los navíos que tomaban al asalto... Desgraciadamente, ha transcurrido un siglo, la población ha sido diezmada por las enfermedades introducidas por los blancos, y tal vez era en todo el archipiélago, la sola criatura bella y vigorosa...»

«Dueño de mi navío, bogo alrededor del mundo, ebrio de aire puro, de luz y de espacio, llevándola ruda y simple existencia del marinero, bañando en el sol un cuerpo que no fué creado para ser encerrado en las casas de los hombres...»

## ECOS DE LA VIDA INGLESA

# La cruzada contra la "obscenidad" en Inglaterra

La traducción que damos seguidamente es el resumen de la defensa hecha por el juez Mr. Stable en un juicio sobre delito de imprenta celebrado en el Old Bailey, Londres, no hace mucho. El pretexto de tal proceso fué la obscenidad contenida en la publicación en cuestión. La obscenidad ha sido en todos los tiempos y países de la tierra tratada e interpretada según los vientos que han corrido. Es decir que ésta ha sido interpretada según el estado de cultura, sistema de gobierno, de organización, etcétera, de cada país. Recientemente en Inglaterra ha llegado a ser bocadillo de la Iglesia en general (digo en general porque todas las sectas religiosas, que son incontables en este país, han tomado parte en la discusión), de políticos y de algún que otro hombre de letras. Todos han expuesto sus formas de interpretar la obscenidad, causas que la originan y remedios para desterrarla. Después de tanta tinta vertida y tiempo empleado, la «moral» de la gente no parece haber cambiado en lo más mínimo ni creemos cambie mientras los remedios no se apliquen a destruir la verdadera causa de tal «plaga». El vicioso, el degenerado, cuando por una circunstancia cualquiera, y no por estar curado de vicios, ha entrado a formar parte de una clase que le eleva sobre el medio en que vivía, se aferra en destruir todo aquello que le revele o haga recordar sus vicios, sin cuidarse de las causas que los motivan, tal miedo tiene o no poder resistir la tentación de volver a ellos. Así son los Estados. Tanto mal encierran y tal moralidad quieren aparentar, que se asustan cuando alguien les recuerda las lacras producidas por la acción corruptora de su sistema de organización, y en vez de arremeter contra las causas que las producen, obran con toda energía para ahogar la voz o destruir el medio de divulgación que les acusa.

No hace muchos días también (el 30 de julio próximo pasado) el magistrado de Swindon ordenó el «asalto» a una librería de dicha ciudad, apoderándose de 350 libros, entre los que figuraba «El Decamerón», de Boccaccio; este último más que ningún otro, fué objeto de la furia del tal magistrado, quien «decidió que éste era obsceno y debía ser destruido». La prensa toda se ocupó del caso, aunque sólo por un día, y es curioso ver de la forma en que algunos de los periódicos comentaron el caso. Uno de ellos dijo: «¿Cuántas gentes que disputan sobre ello conocen verdaderamente «El Decamerón» y cuántos no son como los dos italianos que pelearon fatalmente sobre Tasso y Ariosto? Cuando yacían agonizando, dijo uno: «y pensar que no he leído una palabra de ninguno de ellos». «Yo no he leído más», dijo el otro, y espiraron.» Y continúa el articulista con su mordacidad sajona: «El magistrado de Swindon no puede ser acusado de tal ignorancia; pero al poner a Boccaccio en su Índice ha proscrito a uno que a través de CHAUCER, dió estilo y forma a la literatura inglesa.»

La defensa contra estos ataques histéricos sobre la «obscenidad», que no es más que un ataque contra la libertad de expresión, se sostiene firme, valiente e inteligentemente, pero no sin esa nota de compromiso social de las clases sociales inglesas de que nos habló Kropotkin. A mi modo de ver, la defensa de Mr. Stable habría rayado en lo magistral si hubiera terminado de esta forma: «Miembros del jurado: considerar vuestro veredicto y si ha de haber un veredicto de culpabilidad que no sea contra las compañías editoras ni contra su director, sino contra la propia sociedad que ustedes representan.»

J. R.

### ¿QUE ES OBSCENIDAD?



MIEMBROS del jurado: la acusación contra dos compañías editoras cuya presencia es invisible para ustedes, y un individuo a quien sí pueden ver, consiste en el delito de haber publicado lo que se llama un libelo obsceno.

En un caso criminal ordinario donde aparecen tres personas en el banquillo de los acusados, el juez pide a los jurados que examinen las pruebas separadamente en relación de cada una de las personas acusadas. Tal advertencia en este caso sería no solamente innecesaria; sería un sin sentido, por la razón de que todo el mundo estará de acuerdo aquí de que las dos compañías limitadas y la persona de su director se sostendrán o caerán juntos.

Miembros del jurado, por lo que respecta a esto, no puede haber disputa: el veredicto que en el curso de esta tarde darán ustedes es un asunto de suma importancia. Lo es en sus resultados, para las dos compañías y el individuo y los individuos que están asociados con las dos compañías acusadas. Es de importancia para los autores que, de su ingenio o imaginación, crean mundos imaginarios para nues-

tra edificación o distracción, unas veces, y otras también para nuestra evasión.

Es un asunto de vasta importancia para la comunidad en general, para el adolescente tal vez, en particular, y, en adición a esto, es de una gran importancia en relación al futuro de la novela en el mundo civilizado y de las futuras generaciones que sólo a través de la literatura contemporánea del período determinado en que éstas estén interesadas, podrán conocer cómo pensábamos, vivíamos y actuábamos. Vuestro veredicto atañerá grandemente al trazado de esa línea entre el libre albedrío y esa libertad para leer y pensar tal y como nos dicten el espíritu y la licencia, que es una afrenta a la sociedad de que todos somos miembros.

Miembros del jurado, en descargo de deber tan importante, deberían decir justamente dos cosas: Primero, que la carga recae clara y completamente sobre vuestros hombros. No importa lo que yo pienso sobre este libro; lo que importa es la conclusión a que lleguen ustedes, que representan a esa diversidad de inteligencias y períodos que encarnan al público lector del mundo de habla inglesa. Ustedes, y sólo ustedes, deben decidir este caso y si, en el curso de este resumen, expreso mi opinión sobre el asunto, ustedes están en el derecho de hacer caso omiso de ella.

## NO SE PUEDE JUZGAR SOBRE GUSTOS

Lo segundo que quiero decirles a ustedes es esto: en la conclusión fiscal me pareció ver, si me es permitido decirlo sin ofender, una cierta confusión de pensamiento. Se insinuó que ustedes, por medio de lo que decidan hoy, van a determinar si libros como éste serán o no publicados en el futuro. ¿Puedo arriesgarme a decirles que su misión no es de ninguna manera de tal naturaleza? Nosotros no estamos aquí reunidos para juzgar sobre gustos. No estamos aquí para decir si nos gusta un libro de esa clase. No estamos aquí para decir si creemos que sería una buena cosa que libros como ese no se escribieran nunca. Ustedes están tratando aquí una acusación criminal, y en un tribunal criminal ustedes no pueden llegar a un veredicto de «culpable» contra el acusado, al menos que después de oír las declaraciones, ustedes, todos y cada uno, estén completamente convencidos de que la acusación contra la persona acusada ha sido probada.

El peso de prueba en este caso criminal, como en todos los casos criminales, recae sobre la prosecución desde el principio hasta el fin. Ustedes, al llegar al veredicto, deben conseguir un veredicto unánime. Si todos ustedes pueden llegar a un acuerdo, mucho mejor, pero si hay alguno de ustedes, o más, que honestamente no puede compartir la opinión de los restantes, entonces su deber es decirlo.

## EL JUICIO DE HOY

El juicio de hoy está extractado de una decisión de 1868, y el juicio de obscenidad en éste: de si la tendencia del asunto considerado como obsceno puede depravar o corromper a aquellas mentes abiertas a tales influencias inmORALES y en cuyas manos puede caer una publicación de tal naturaleza. El que éste sea un juicio establecido en 1868, no quiere decir que lo que ustedes tienen que considerar es que suponiendo que este libro fué publicado en 1868 y que los editores del mismo fueron perseguidos en esa fecha, si el tribunal o el jurado, hace casi un siglo, hubiera llegado a la conclusión de que el libro era un libro obsceno. Vuestra misión es decidir si es que creen que la tendencia del libro va a depravar hoy a aquellos cuyas mentes estén abiertas a tales influencias inmORALES y en cuyas manos pueda caer el libro este año, o el año pasado, cuando el libro fué publicado, o el año próximo o el venidero.

Considerando el cambio curioso de punto de vista de un año a otro, no deja de tener importancia el observar que en el curso del debate del caso en 1868, se hizo la pregunta retórica: ¿Qué hay más obsceno que muchos de los cuadros exhibidos públicamente, tal como la Venus de la Dulwich Gallery? Miembros del jurado, hay muchos que creen con reverencia que el hombre está modelado a imagen de Dios, y ustedes saben que los niños no vienen a este mundo, sean del sexo que sean, envueltos en una levita o en una prenda femenina equivalente.

Me atrevo a suponer que ustedes habrán ya apreciado el contenido del libro, que espero no habrá depravado ni corrompido a ninguno de los señores jueces. Es un libro que clara y admisiblemente está absorbido por el sexo, por la relación entre el macho y la hembra de la especie humana.

Miembros del jurado, yo espero, en el curso de lo que voy a decirles, que cada uno de ustedes sabrá apreciar esto: que yo, en todo momento, abordo ese gran misterio con profundo interés y al mismo tiempo con un sentido muy profundo de respeto. No podemos apartarnos de ello. No es culpa nuestra el que a causa del amor entre los hombres y mujeres y del acto del sexo, la raza humana no haya dejado de existir hace miles de años. No es culpa nuestra si, en el momento que en un mundo supercivilizado, si «civilizado» es la palabra apropiada, el sexo deje de ser una de las grandes fuerzas motrices de la vida humana, la raza

humana deje de existir. Es la condición esencial de la supervivencia y desarrollo de la especie, sea el que fuere el objetivo final, para el que hemos sido traídos a este mundo.

## DOS ESCUELAS DISTINTAS

Abordando este asunto que (encarecémoslo) a través de los tiempos ha sido de sumo interés para hombres y mujeres, encontramos dos escuelas que son polos opuestos, y entre esos dos extremos se encuentra una variedad de opiniones y pensamientos. A un extremo se encuentra la concepción, me atrevo a pensar, de la Iglesia medieval, de que el sexo es pecado; que el todo en sí es porquería; que fué una equivocación desde el principio al fin (y si fué, miembros del jurado, fué el gran Creador de la vida quien cometió la equivocación y no ustedes o yo) y que mientras menos se diga acerca de ese desagradable tópico, mucho mejor; cubrámoslo y hagámonos la ilusión de que no existe, y al referirnos a la llegada de un día determinado, nos referimos al «feliz acontecimiento del lunes» en vez de decir «el lunes nació un niño»—esto significa exactamente lo mismo—y tanto en el discurso como en la forma de obrar se observa la mayor reticencia. Yo supongo que la marea más alta se alcanzó en la era victoriana, posiblemente como una reacción a la tosquedad de los Georges y más bien libertina actitud de la Regencia. Según tengo entendido, en muchas casas los pies de las mesas permanecían cubiertos y las hembras más estrictas nunca se referían como a tales a las piernas de los hombres, sino que les llamaban sus «entenderas» (their «understandings»).

Al otro extremo encontramos la línea de pensamiento que dice que de esta política de secreto y encubrimiento no puede resultar otra cosa que perjuicios; que todo ello forma parte del universo de Dios como otra cosa cualquiera y que la mejor forma de abordar el asunto es por medio de la franqueza, la llaneza en el hablar y la anulación de toda clase de ficción. Creo que la expresión extrema de esa creencia se puede encontrar en las colonias nudistas donde la gente, tengo entendido, pasea, si el tiempo lo permite, completamente desnuda.

Y supongo, que aproximadamente entre esos dos polos, toman posición los hombres y mujeres medios, decentes y bien intencionados.

## EL ADOLESCENTE MODELO

Miembros del jurado, volviendo por un momento al libro que ustedes van a juzgar, éste está, como ustedes saben, en forma de novela. Recuerden que la acusación consiste en que la tendencia del libro es corruptora y depravante. La acusación no es de que la tendencia del libro sea ofensiva o repugnante. Eso no es una ofensa criminal. La acusación es de que la tendencia del libro es corruptora y depravante. Entonces dicen ustedes: «Bien, corrompe o deprava ¿a quien?», y otra vez el juicio: a aquellos cuyas mentes están abiertas a tales influencias inmORALES y en cuyas manos puede caer una publicación de tal naturaleza.

Miembros del jurado, ¿qué significa eso exactamente? ¿Vamos a tomar nuestra norma literaria como el nivel de algo adecuado para una jovencita de catorce años decentemente criada? ¿O vamos a retroceder mucho más todavía y nos vamos a ver reducidos a la clase de libros que uno leía cuando estaba en la guardería? La respuesta es: naturalmente, no. Un montón de literatura, gran literatura, en muchos aspectos, es completamente inadecuada para ser leída por el adolescente, pero eso no quiere decir que el editor se haga reo de una ofensa criminal por hacer esas obras asequibles al público en general.

### FUNCION DE LA NOVELA

Miembros del jurado, yo me atrevo a someter a juicio vuestro la función de la novela. No hablo de la novela histórica, cuando la gente escribe un cuento sobre un tiempo pasado. Hablo del novelista contemporáneo. Por «novelista contemporáneo» quiero decir el novelista que escribe sobre sus contemporáneos, que presenta un espejo de la sociedad de su tiempo y el fin de la novela no es meramente el de distraer a los contemporáneos de la novela; ésta permanece como un archivo o un retrato de la sociedad de cuando fué escrita. Aquellos de nosotros que gozamos con la lectura de los grandes novelistas victorianos, obtenemos conocimiento de aquella gran era por medio de cronistas tales como Thackeray, Dickens y muchos otros de aquellos tiempos.

En el mundo en que vivimos hoy es igualmente importante el que tengamos un conocimiento de la clase de vida que se lleva y de qué forma trabaja la mente humana en aquellas partes del mundo que no están desligadas de nosotros en cuanto a tiempo; pero de las que estamos separados en cuanto a espacio. Esto es muy importante en épocas como la presente, donde ideas, credos y procesos del pensamiento parecen, hasta cierto punto, estar en el crisol y la gente se halla desorientada y aturdida buscando la dirección hacia la que la humanidad se encamina, estudiando en qué columna o fila debemos situarnos. Si queremos conocer cómo se vive en los Estados Unidos, por ejemplo, o en Francia, Alemania o en cualquier otra parte, la novela contemporánea de esas naciones nos podría proporcionar alguna guía y para aquellos de nosotros que no disponemos de tiempo, de la oportunidad, del dinero o de la inclinación a viajar, puede que esto sea la única guía.

### INFLUENCIA SOBRE LOS JOVENES

Ustedes han oído bastante acerca de la influencia que se ejerce sobre la juventud. Verdaderamente, miembros del jurado, ¿son los libros los que influyen a la juventud o es la naturaleza? Cuando un muchacho y una muchacha alcanzan ese escalón en la jornada de la vida; cuando ella o él pasan de ese estado de feliz ignorancia a través de esa parte más peligrosa de la jornada que llamamos «adolescencia» y hallan por sí mismos que van atravesando un país desconocido sin mapa, sin compás y muchas veces, me temo, en ciertos hogares sin un guía, es el cambio natural desde la niñez hasta la madurez quien influencia a los jóvenes. Es deber de los padres, de los maestros y del medio ambiente de la sociedad, en cuanto les es posible, el cuidar de que esas influencias sean inteligente y naturalmente dirigidas hacia la realización de una vida individual bien equilibrada.

### CREADO POR UN AUTOR

La decisión de este caso es un asunto exclusivamente de ustedes. Si ustedes no están de acuerdo con ninguno de los puntos de vista que yo pueda indicar o expresar, bien; no estén de acuerdo con ellos; eso es todo, y vuestra disconformidad es soberana. Ustedes pueden estimar que es un buen libro, o un mal libro, o un libro moderado. Al fin es un libro. Es la creación de una mente humana y él describe la gente creada por el autor en el medio ambiente en que esa parte o partes donde el libro trata de la vida de esta gente, fué pasada. Ustedes pueden estar de acuerdo o pueden no estarlo—yo no lo sé—que esto no es mera literatura pornográfica; lo inmundo, el impúdico estiércol, eso es, lo sucio por lo sucio. Ustedes, señoras, probablemente no han visto tales obras, excepto tal vez, por accidente. Algunos hombres, en los días de su juventud, puede

que hayan dado una hojeada furtiva a la producción literaria de Port Said y después de esto se hayan sentido avergonzados de sí mismos. Esto supone ser un cuadro de la vida contemporánea de Nueva York y, naturalmente, la materia de la obra es la relación de los dos sexos. Si ustedes miran la primera página, verán el lema. Este ha sido tomado de un poeta victoriano, Browning:

«What of soul was left, I wonder  
When the kissing had to stop?»

(¿Qué quedó del alma, me sorprende,  
Cuando el beso terminó?)

y yo supongo que hombres y mujeres de todos los tiempos han debido sorprenderse de ello.

### EL TEMA DEL LIBRO

El tema de este libro es la historia de un bien parecido y atractivo joven que está completamente obsesionado por el sexo opuesto. Esto no está expuesto como un algo admirable o que se deba copiar. No está expuesto como una cosa que le proporcionará a este muchacho felicidad o satisfacciones permanentes, y a través del libro pueden oír la amenaza del inminente desastre. El muchacho es igual que el borracho empedernido que no puede retirarse de la bebida, aunque sabe dónde le llevará al fin. Y, en lo que se refiere a sus aventuras amorosas, el libro trata—si ustedes quieren, con candor o, si lo prefieren, con crudeza—de las realidades del amor humano o de las relaciones sexuales humanas. Sobre esto no hay escapatoria, y el tribunal puede decir: «Bien, eso es una porquería».

Miembros del jurado, ¿es porquería? ¿Es el acto de la pasión sexual pura porquería? Puede ser una falta de gusto el escribir sobre ello. Puede ser una cuestión en la que tal vez la gente pasada de moda deplorará la reticencia observada ayer en estos asuntos. Pero ¿es pura porquería? Esa es una cuestión, miembros del jurado, a considerar por ustedes y finalmente decidir.

Ahora hay otro aspecto del libro, seguramente no muy gracioso y particularmente no muy atractivo; pero eso no es lo que ustedes tienen que considerar. Este es la historia de este joven adolescente, y ella empieza en la página 76.

«Pero Russell nunca le dijo a Robert que su primer recuerdo, datando aproximadamente desde la edad de tres años, era el de haber sido despertado a media noche por dos voces gritando, de oír el ruido de platos rotos y la voz de su padre levantarse hasta desgañitarse, etc., etc.», y el autor busca el concepto moral de este hombre desde su niñez, donde las funestas relaciones entre sus padres dejaron un traumatismo permanente en su personalidad.

Después continúa describiendo la trampa de socarronería y suciedad con que este infeliz adolescente, sin conocimiento o experiencia, sin el mapa y el compás y sin la mano de un padre inteligente que le guiara, o el ejemplo de una casa bien ordenada y decente, tropieza; y ustedes tendrán que considerar si este autor se proponía un fin honesto y una decente línea de conducta, o todo eso no es más que un poco de camuflaje para presentar la crudeza—el sexo del libro—suficientemente cubierta para poder pasar la crítica del director fiscal.

### SUMA DEL PENSAMIENTO

Permítanme recordarles esto: la literatura del mundo, desde los primeros tiempos en que la gente aprendiera a escribir, representa, tal y como la poseemos hoy, la suma total del pensamiento de la mente humana. Literatura sa-

grada y literatura profana, poesía, prosa, civilizaciones varias y tiempos varios; la suma total del pensamiento humano a través de los tiempos.

¿Vamos a decir en Inglaterra que nuestra literatura contemporánea va a ser medida por lo que sea apropiado para leer una joven escolar de catorce años? Ustedes deben considerar ese aspecto de la cuestión.

### UN RIESGO

Existe otro aspecto de la cuestión que yo desearía que ustedes consideraran antes de llegar a una conclusión. No creo que en esta audiencia haya un hombre o mujer decentes que no crea de todo corazón que la pornografía y libros inmundos deberían ser marcados y suprimidos. Estos no son literatura. Ellos no tienen nada que enseñar; no tienen inspiración; no tienen pensamiento. Ellos no tienen nada. Ellos son sólo inmundicia, y, naturalmente, eso debería ser señalado. Pero en nuestro afán por una sociedad

sana, si llevamos la ley criminal muy lejos, más lejos de lo que debería ir, ¿no existe el riesgo de que habrá una rebelión, un movimiento por un cambio en la ley, y que el péndulo pueda inclinarse demasiado hacia el otro lado y permitir la inclusión de muchas cosas que de momento podemos rechazar y dejar fuera?

Miembros del jurado, eso es todo lo que tengo que decir. Recuerden lo que dije cuando empecé. Están tratando de una acusación criminal. Esto no es un punto de vista sobre lo que ustedes pueden pensar es un libro apetecible para leer. Es una acusación criminal sobre la publicación de una obra con tendencia a depravar y corromper a aquellos a cuyas manos pueda llegar. Antes de dar un veredicto de culpabilidad sobre esa acusación, deben de estar convencidos; cada uno de ustedes debe de estar convencido de que esa acusación ha sido probada. Si esto no es así, miembros del jurado, las compañías acusadas y el individuo que las representa, tienen derecho a un veredicto de «No culpable». Miembros del jurado, ¿quieren expresar su veredicto?

# IRRACIONALISMO



**D**ICA o piense Ganimet lo que se le antoje, Séneca, como filósofo, no tiene nada de español. Pertenece a la semiyoghi escuela del Pórtico. El estoicismo era fatalista, antiactivista y quietesco. Comulgaba con las sagradas formas de la apatía y la ataraxia (impasibilidad). No admite otra ley que la del Destino (eimarmene). La mayoría de los grandes estoicos eran orientales y asiáticos, anatólicos (Anatolia, de anatolè, Levante en griego). Zenón nació en Cicio; Panecio, en Rodas; Epicteto, en Frigia (por eso sería tan frígido). Posidonio, maestro de Cicerón, era siriaco. De esta cetera tomó Nietzsche la pesimista tesis del eterno retorno, negación del progreso. El sústine et ábstine le vendrá de Mahoma, más tarde, al murrioso andaluz; no de la hornaza, que lo liga al continente negro. Sin embargo, Crisipo sostenía que el alma es un fuego; y Cleantes, que un alegre esperma ha dado origen al cosmos y a su vértigo rotacional. Si Séneca creía en esta física seminación, eso lo retrae al geofisicismo ibero, que era irracionalista, sensualista, positivista, dinamizante e inconforme hasta consigo mismo. La milicia de Luzbel debió de caer desnucada por los terrumperos de la serranía de Ronda y su célebre Tajo, que es un río de profundidad. Séneca no deriva su nombre del acertijo se necans, el que se mata a sí mismo. A Lucio Anneo lo suicidó la absurda bestia de Nerón. Fué nuestro gran cordobés, sin duda, la cabeza más romana de Roma, por lo sólida y bien plantada que la erguía sobre la plataforma de las escápulas. No pudiéndose sublevar como filósofo y sociólogo, contra el tirano que manchaba con sus crímenes hasta la inocencia de la luz, hace estallar sobre el melonudo plantío de la plebe la bomba de tricio de sus tragedias. Cuando el elegante pez de plata del Cuadalquivir llega al favor imperial, no se repre-

sentaba en la escena latina más que con muy bajo coturno: bufonadas de Plauto y comiquerías de Terencio (el Hautontimorúmenos u hombre que se castiga a sí mismo, nos valga). Pero, el abrasante español, que tiene un sentimiento dramático de la vida y que bajo su piel de borrego esconde atrevidas mañanas de león, les dice a los indoctos públicos: «Non, équités, non; no es eso; el mundo no es una rigolada; lae Tierra es un barreño o una tinaja de sangre., siempre con más sed de ella; los hongos del estado llano no somos más que unos mestosos partiquinos; y en todo nuestro ajetre no ve el ojo sin nubes otra cosa que un festín de canibales, a menos que la gota serena le estorbe tan serenísima percepción». Y con un iberismo ya de los más quintaescaido, sube nuestro performador a las tablas a Medea, a Yiestes, a Edipo, a Fedra, a Agamenón, a cuantos se entredevoran por la cancha de cortes y palacios en sus banquetes de fieras, se arrebatan a uña y diente las tajadas del plato y el desmenbranamiento de la mujer y se comen asados o se guisan en pepitoria a los propios hijos. La noche del metafisicismo ha quedado en el horizonte de esa gran alma muy atrás. El terrible exilado en la cámara del César, al operar dentro del genio de su casta, se ha encontrado a sí mismo. Es un irracionalista, no en cuanto niega la razón, sino porque afirma que nos gobierna la locura, que apenas somos comparsas de un circo de payasos, que nos roban caminando los calcetines, que nadamos en un mar de inconsciencia o desconsciencia, que lo vital se traduce en una orgía de extraviados sentidos y que no nos morimos de asco porque no nos olemos el aliento. La piñata de lo cataclismal y lo destorrongal llega en ese teatro a la clavija de la bóveda. Hace poco, discutió en Roma un tiro de académicos de mucho cascabel, sobre la actualidad de las carnicerías, que nos pone por delantal Séneca en sus diálogos disecadores. (Recuérdese el clamoreo del mujerieo revolcado por la

violencia en «Las Troyanas»). Como de real orden se decretó, en la ciudad que en la significación griega de su nombre lleva como la marca de su destino, que el reponer entre bambalinas horrores tamaños ya no se estila: las tijeras de los sastres a la moda no trinchan hígado vivo, por lo menos ante palcos proscenios en que damas escotadas hasta la boca del estómago, echan a bando los melones tendrales de sus avanzadas por el balcón. Pero, el agregado cultural de la Embajada inglesa, que asistía al sinodo, puso las cosas en su punto dulce: «Caballeros—dijo—: me hacéis abrir de asombro una boca como los ojos de Blackfriars Bridge, oyéndoos hablar de Séneca con tan escaso tino y

mesura. En Gran Bretaña, hemos estudiado a fondo el fenómeno «Shakespeare». Y como una bugambilia no crece en una cantera, nos aplicamos a buscarle raíces a la flor en suelo más tierno. No se las hallamos en Grecia, donde el campanudo Esquilo suena a hueco tantas veces, y no pudo en consecuencia generar a nuestro rabioso bull-dog. Hurgamos por el Palatino y hallamos a Séneca. Y concluimos que el cuaternario monstruo inglés únicamente podía descender del eozoico minotauro bético. ¿De donde, sino, le iba a venir la tos al gato?»

Angel SAMBLANCAT

## DOCUMENTACIONES

# PREHISTORIA DE LOS TRANSPORTES MARITIMOS

Desde el comienzo de la vida humana sobre el globo terrestre a nuestros días, a pesar de que los hombres de las civilizaciones primitivas disponían de medios escasos, los transportes han existido, todo por vía marítima y fluvial. Transportes que nos sorprenden, por la ingeniosidad con que se suplía la falta de las posibilidades mecánicas actuales, ofrecidas por la energía, los materiales y el progreso considerable de la locomoción.

dental, hacia el final del período neolítico —unos 2.000 años antes de J.C.— una civilización homogénea se extendió, atestada por la presencia de los monumentos megalíticos: dolmens, menhirs, cromlechs, hechos de bloques enormes, con frecuencia apenas pulidos, yuxtapuestos e incluso superpuestos en edificios gigantes, de destinación casi seguramente religiosa.

Esta civilización se divide en diferentes ramas que se distinguen, de uno y otro lado del canal de la Mancha, en el noroeste de Francia, en el mediodía de Gran Bretaña: los lugares donde se concentran los monumentos más numerosos son Finistère et Cotentin, de un lado, región de la isla de Wighth, del otro. En todos se encuentran testimonios de una vida marítima intensa, cuyas bases fueron los promontorios tendidos por el continente hacia la isla de Bretaña.

Esta civilización, cualesquiera que fueran sus aspectos intelectuales o morales, dió muestras de una fuerza técnica sorprendente. Esos hombres no conocían ni el hierro ni el bronce; ignoraban casi seguramente la rueda y la polea; no por ello dejaron de desplazar y de elevar bloques que pesaban varias centenas de toneladas; lo que sólo puede hacerse con juegos de palancas desmesurados, o por amontonamientos de una amplitud desconcertante.

Pero hay más. Los bloques que constituyen los cromlechs de Stonehenge y de Avebury, en el llano de Salisbury, están sin relación geológica con los terrenos subyacentes. Gordon Craig ha establecido que esos bloques provenían de los montes Cambrianos, en el País de Gales. De la cantera al edificio, hay como mínimo 145 millas —230 kilómetros— de un recorrido que supone, no solamente atravesar bosques y montañas, sino también, y sobre todo, franquear el canal de Bristol. Así parece mucho más probable que esos bloques hayan sido transportados por mar, sin transpor-



PREHISTORIA. La palabra no designa sólo un período, sino un estado evolutivo cuyo carácter consiste en ser anterior en ser anterior a la historia, es decir, a la aparición de la crónica escrita. En prehistoria no hay otro documento que la pieza arqueológica, de descubrimiento fortuito, de interpretación azarosa.

Estado de edad y de duración variable, que termina en Egipto unos cuarenta siglos antes de nuestra era; en Europa Occidental hacia el siglo III Antes de Jesucristo; que se prolonga en América Central hasta nuestro Renacimiento y hasta nuestros días en Polinesia.

Lo que permite con frecuencia iluminar el pasado misterioso con comparaciones prudentes con esta «prehistoria actual» que nos revela la etnografía africana o polinesia.

Entre lo poco que hemos podido reconstituir con exactitud, está así establecido que en Europa Occi-

damiento, pero contorneando el cabo Lands'End, o sea más de 300 millas, esto es cerca de 500 kilómetros de navegación.

¡Y qué navegación! No eran ciertamente pirogas las que pudieron embarcar masas rocosas, algunas de las cuales pesan ciertamente de 400 a 600 toneladas. Es preciso imaginar inmensos pontones, dotados todavía de flotadores auxiliares, largos de cerca de 100 metros para poder soportar tales masas —movidos, sin duda por velas desmesuradas, pues ningún sistema de propulsión a brazo podía hacerlas avanzar... Recordemos, a propósito de ello, que en pleno siglo XIX, tuvo que construirse un barco especial para traer a Francia el obelisco de Imxor, o sea doscientas toneladas de granito. ¡Cómo no admirarse pensando que, unos cuatro mil años antes, hubo hombres que pudieron transportar, sin la menor herramienta de metal, no uno, sino una treintena de bloques, alguno de los cuales pesaban el doble, sin hablar de las otras piedras!

Ejemplos tan impresionantes, son, evidentemente, poco numerosos. No es menos cierto, sin embargo, que, desde que apareció la industria humana, ella fué acompañada por el transporte, lo mismo para las cosas de vida efímera que para los bloques graníticos, igual para las materias primas que para los objetos fabricados; y entre los medios empleados, la vía marítima ocupa el lugar principal.

Este predominio del transporte marítimo es fácilmente explicable. La tierra, en efecto, muchas veces es hostil al viajero; los obstáculos suceden a los obstáculos; bosques y pantanos, desiertos y montañas, ríos que precisa franquear a nado. Además, los medios de transporte son limitados: el hombre, el caballo no pueden llevar más que una carga comparativamente reducida. Incluso cuando la carretera hizo su aparición, el coche o el carro sólo podían ser utilizados donde existía trazada una ruta entretenida —cosa excepcional, antes de los persas y de los romanos. Aún el caballo de carga solo tuvo posibilidades limitadas, a causa de su enjameamiento defectuoso. Hasta que se inventó el collar de espaldas, creación admirable de nuestra Edad Media, no se pudo utilizar toda la fuerza de la tracción animal.

La vía de agua, por el contrario, es libre: es muy difícil barrar un río importante; imposible cerrar el mar; el límite de carga de las embarcaciones está solamente limitado por su dimensión, por su manejabilidad —siempre superior a la de los vehículos. En fin, muy pronto el hombre descubrió la vela, es decir, la posibilidad de utilizar esa fuerza motriz caprichosa, pero potente, que es el viento.

Navegación fluvial, navegación marítima son inseparables y por lo demás parecidas. Pues la navegación marítima fué costera, durante mucho tiempo. En la época incluso de la Odisea, la navegación se efectuaba de día y a vista de las costas —por la noche las barcas se recogían en alguna cala que les permitía esperar la aurora siguiente. ¡Y el divino Homero no necesitó énfasis poético para hablar, no sin algún terror, de «gran abismo de mar» a propósito del más pequeño estrecho de diez o veinte kilómetros!

Los métodos, por lo demás, son los mismos. Si el tiempo no nos ha conservado ninguna embarcación prehistórica, no por ello es imposible reconstituirla,

gracias a figuraciones muy antiguas, sobre todo los bajorelieves caldeo-asirios; y gracias sobre todo a la persistencia de modelos idénticos, aún en nuestros días.

La leyenda fenicia atribuye a un héroe, Usóos, el descubrimiento de la navegación: bloqueado entre el mar y un bosque que los rayos incendian. Usóos escapa a la muerte cabalgando el tronco de un árbol desarraigado.

La madera, que flota naturalmente, fué sin duda la materia prima de las más antiguas embarcaciones. Madera que flota y descende por sí misma los torrentes de montaña hasta las ciudades del llano: madera que flota sobre el mar y que remolcan los navios como muestra un bojo-relieve caldeo.

Después, madera reunida en forma de balsa, de madera infinitamente variable, más o menos espaciales, más o menos perfiladas. A falta de bajo-relieves, mencionamos dos ejemplos contemporáneos: sobre el Amazonas y el Orinoco, ved la «Jangada», cuarenta metros de largo, diez o quince de ancho, llevando una treintena de personas y varias toneladas de mercancías, todo cubierto por un techo de paja de dimensiones de verdadero hangar.

Sobre las costas pacíficas de América del Sur, es la Balsa, de la que Bouachère, en 1698, dió un croquis instructivo, incorporando el nombre a todos los idiomas. Formada con cinco o siete troncos las extremidades afiladas, provista de una vela primitivamente cuadrada, más tarde copiada sobre el modelo triangular de los españoles, gobernada por medio de planchas de deriva —los «guares»— caladas judiciosamente entre los troncos, la balsa es susceptible de recorrer largas distancias por mar incluso agitada. La reciente expedición del «Kon-Tiki» ha confirmado la teoría de que la Polinesia fué poblada, desde las costas chilenas o peruanas, usando ese medio de navegación.

Según las crónicas incas, a las que la disposición de los lugares da toda clase de verosimilitud, es sobre balsas como fueron transportados los bloques enormes de piedra destinados a la construcción del templo-palacio, aún visible en el centro del lago Titicaca. Estos bloques, algunos de los cuales sobrepasan las 300 toneladas, son por tanto comparables a los de los cromlechs británicos: el ejemplo americano explica el problema precéltico.

La balsa, por lo demás, fué conocida y utilizada con frecuencia en las regiones mediterráneas. En el mar Rojo, hacia 1616, el tráfico de una costa a la otra se efectuaba casi siempre sobre pontones de esa suerte. P. de la Valle vió embarcar en uno de ellos hasta treinta camellos con su carga.

Más antiguamente, en el estrecho de Gibraltar, Festus Avienus, en el siglo I, señala el empleo frecuente de balsas para la pesca en mar. Y es justamente en los parajes de las columnas de Hércules, donde el prudente Ulises fabricó la balsa más célebre de la historia, en la isla de Calipso. Más elevada delante y detrás, a ambos lados con una empalizada de mimbre trenzado, esa balsa, provista de una vela, podía atravesar los dos tercios del Mediterráneo, de Gibraltar a Corfou, según las notables deducciones de Victor Bérard.

La iconografía caldeo-asiria no nos ha legado nin-

guna imagen de balsa, y ésto no debe sorprendernos. Pues en Mesopotamia no existe mucha madera propia para estas construcciones; hay que contentarse con juncos, troncos y hojas de palmera.

En esos países de pueblos pastoriles, la peletería es reina, y el odre, sabiamente cosido e impermeabilizado, constituye el recipiente normal de los líquidos más diversos. El mismo odre, hinchado, flota; sirve de navio individual para los pescadores, que lo cabalgan en equilibrio inestable, o nadan agarrándose a él de una mano.

Odres numerosos, reunidos por un cuadro de planchas, pueden igualmente constituir una balsa. Es el «Kellek», aún utilizado sobre el Tigris y el Eufrates. El «Kellek», es también capaz de llevar pesadas cargas: durante la guerra 1914-1918, el ejército turco lo utilizó frecuentemente para transbordar vehículos automóviles, e incluso piezas de artillería. Los bajo-relieves asirios muestran «kelleks» llevando carros de combate, incluso bloques de piedra de dimensiones respetables, destinados a figurar en la construcción del palacio de Sargon o de Sennacherib, bloques extraídos de las montañas de Armenia.

De hecho, una tal balsa, de diez metros de largo sobre cinco de ancho, dimensiones relativamente exiguas, puede fácilmente transportar una veintena de toneladas de mercancías.

Antes de abandonar la Mesopotamia, mencionemos un curioso ejemplo de tráfico antiguo, en el cual el navío se transforma en mercancía comerciable. Según Herodoto, los montañeses vecinos de las fuentes del Tigris y del Eufrates, construían «kelleks» reborzándolos con madera sólida y cargándolos con bloques de piedra dura. Con ellos descendían hacia las ciudades del llano y allá vendían a precio fuerte madera y piedra igualmente inencontrables. Con ello adquirían vino y asnos —llenando de vino los odres del «kellek» desmontado y cargándolos sobre los asnos. Así volvían hacia su punto de partida, donde asnos y vino eran igualmente muy cotizados, por ser materia rara.

Sea de madera sola o reforzada de odres, la balsa ha constituido, desde los tiempos prehistóricos, el navío de elección para los transportes pesados. Dondequiera que el hombre primitivo ha querido desplazar cargas considerables, magalitos incas o ingleses, bloques asirios o egipcios, fué la balsa lo que hizo posible ese transporte. El embarque de masas tales no debía ser muy cómodo sobre todo donde no podían utilizarse juiciosamente las mareas: es posible, probable incluso, que la balsa era instalada en alguna dársena, allí cargada y después puesta a flote por gigantescos trabajos de desmonte. ¡Y esto a costa de cuántos accidentes, naufragios, víctimas! Pero una vez el conjunto a flote, bastaba relativamente poco esfuerzo para conducir tan lejos como se quería la gigantesca barca medio sumergida.

Cuando se trataba de transportes menos importantes, el hombre primitivo recurrió a objetos más mediocres y más manejables. Es interesante revisarlos rápidamente.

\*

La simple bota de juncos fué utilizada frecuentemente por los pescadores del Nilo —como lo es hoy

por los del Orinoco bajo el gracioso nombre de «caballito de totora». Esquife inestable, sobre el cual la amenaza de caerse es permanente.

Próxima al «kellek», la «balsa de odres» del Brasil merece más atención: dos odres gemelos, atados cada uno a una percha y las dos perchas reunidas en V, cuya punta sirve de roda; algunas ramas encima, un remo, a veces una vela.

La peletería, por lo demás, juega un papel muy importante en las construcciones navales primitivas de los pueblos del Norte: Sajones, Galos, Esquimales empleaban barcas importantes, hechas de pieles cosidas, tendidas sobre un ligero armazón de madera.

Un tipo perfecto es el kayak, igualmente hecho de pieles cosidas sobre un armazón ligero; pero en ésta el hombre, después de deslizarse dentro de la frágil embarcación, la cierra alrededor de su talla con un delantal de cuero hermético; en cierto modo, se introduce dentro del odre, no encima; y el kayak constituye, sin ninguna duda, la adaptación más perfecta del hombre al mar.

Instrumento de pesca, ante todo, el kayak parece datar de una antigüedad muy lejana.

\*

¿Europa conoció barcos de piedra? La leyenda de Brennain Mac Cullough —san Brandán— embarcándose con algunos discípulos entre ellos san Malo, en una artesa de granito, y surcando el mar con ella hasta Islandia, incluso hasta Jan Mayen, nos deja un poco escépticos.

No olvidemos, sin embargo, que los fueguianos han utilizado hasta el principio de nuestro siglo, embarcaciones cortadas en la piedra pomez, más ligera, sin duda, que el granito, ¡pero cuánto más frágil! Y puesto que existen navíos en cemento armado, ¿por qué objetos similares no hubieran podido ser tallados en las duras rocas de Bretaña?

\*

El navío de cestería ha sido popularizado por la leyenda: es en una cesta impermeabilizada como se supone que Moisés descendió el Nilo.

Pero sobre el Tigris y el Eufrates fueron construídos entonces —y continúan siéndolo— los «kouffs» especies de enormes paneras redondas en cestería, impermeabilizadas por capas de asfalto. Dos o tres hombres se instalan, con sus mercancías, sobre estos trastos, se arman con remos y el objeto se desplaza. trastos, se arman con remos y el objeto se desplaza, con bastante rapidez, a fé mía, pero con una especie de rotación oscilante...

Bajo-relieves caleos nos muestran «kouffs» cargados de piedras. ¡No olvidemos que una panera de cinco metros de diámetro —dimensión corriente— puede contener una docena de toneladas!

\*

Al fin llega la píroga, hecha en un tronco de árbol, informe primero, como las encontradas en los palafitos

de Moringen o de Robenhausen, después más y más perfeccionadas, llevando cuarenta remeros en Africa y ganando en velocidad, a vela, en ciertos casos, a los paquebots modernos en Malasia... la piroga de la que nada diremos porque deberíamos decir demasiado.

\*

Sobre este pasado naval, faltan documentos; los tipos, por lo demás, fueron de una diversidad casi infinita. No por ello es menos interesante apreciar cual fué la importancia de los tráficos marítimos utilizando las embarcaciones ligeras.

Es un error, en efecto, establecer una relación entre el tonelaje de los navíos y el tráfico que son susceptibles de realizar. Cuando, en el año 1.000, los Vikings saltan de Noruega a Islandia, después de la Groenlandia a América del Norte, sus barcas no eran más largas de unos 18 a 20 metros; algunas apenas llegaban a los 10 metros. Y, sin embargo, ¡qué intenso tráfico tuvo por teatro el Atlántico del Norte en esa época!

\*

Pero volvamos a la prehistoria. Y, para apreciar el vuelo de la navegación marítima, digamos algunas palabras de la pesca.

Del sur de Suecia al estuario de la Gironda, las costas europeas llevan la marcha de una civilización de pescadores; civilización que se sitúa en el fin de la época neolítica, un poco antes o un poco después de la de los megalitos.

Restan, como prueba de ello, los kjoekkenmoddinge. Este nombre danés designa verdaderas montañas de conchas y de ditritus de pescados, montones de cinco a seis metros de alto, de treinta a setenta metros de largo. Testigos de la vida de pueblos que debieron nutrirse exclusivamente de pescado. Hay en ellos aretas de arenque, huesos de cetáceos, de toda clase de peces del mar; y la masa de estos «restos de cocina» permite imaginar el efectivo de las flotillas que iban a buscar, a alta mar, tales cantidades de alimento.

\*

Unos cinco siglos antes, en pleno período neolítico, los habitantes de la región del Gran Pressigny, en la Vienne, explotaban de manera industrial los excelentes sílex de su subsuelo. Sus canteras y sus talleres de talla han sido encontrados y los útiles «presignanos» presentan caracteres bastante precisos para permitir identificarlos, donde quiera que se reen cuentren.

Pues bien; han sido descubiertos todo a lo largo de las costas atlánticas, hasta en España, hasta en Suecia; su área de difusión remonta los ríos del llano alemán, el Rhin y el Sena, la Gironda y el Guadalquivir.

Y el número de objetos encontrados permite reconstituir la existencia de un intenso tráfico marítimo,

cuyos puertos de base fueron situados en la desembocadura del Loire —allí donde más tarde los Celtas edificaron Corbilo, y hoy hay el moderno Saint-Nazaire. De allí partían verdaderas flotas de pirogas, varios centenares a la vez cargadas de esos preciosos sílex que exportaban hasta Gibraltar, hasta el Báltico. No tenemos ningún indicio sobre el flete de regreso, que estuvo sin duda compuesto por mercancías perecederas.

\*

Con la aparición del bronce, los países mediterráneos entran en la historia. Alrededor del mar del Norte aparece visible una red de tráfico marítimo, demostrada por las exportaciones irlandesas. La cantidad de objetos de bronce, hachas, espadas, encontradas de la Garona a Suecia, demuestra que el tráfico marítimo conservó el mismo radio de acción. Pero, en lugar de los talleres poitevinos de sílex, son las fundiciones irlandesas las que exportan. Las pirogas por su parte, dejan paso a los navíos más importantes.

Mientras que, en el Mediterráneo, los cretenses van a buscar el cobre y el estaño de España, por su parte exportan los lingotes de bronce hasta Suiza, hasta la región parisina.

El reinado de los grandes transportes marítimos de la antigüedad, sucede a los de la prehistoria.

De estos hechos aislados, de interpretación muchas veces difícil, es posible, a pesar de todo, extraer algunas conclusiones.

Tan pronto el hombre se dedica a una industria, esta se acompaña de intercambio, por tanto de transporte.

Y, entre los medios de transporte prehistóricos, los aparatos de navegación ocupan el lugar preponderante.

Aparentemente imperfectos, groseros, la mayoría son de exceso tonelaje; el número de pirogas o de flotadores suple a su poca capacidad; y, a lo largo de los ríos y de las costas, a remo al principio, más tarde a vela, se difunden las técnicas y los objetos fabricados.

Gracias a la marina de comercio, verdaderas comunidades de civilización se constituyeron alrededor de la Mancha, del mar del Norte y del Atlántico costero.

Estos marinos tuvieron la audacia de las grandes empresas, ya que supieron, cuando fué necesario, efectuar transportes de masa, embarcar y conducir a buen puerto, sobre balsas más o menos groseras, los elementos de edificios que aún despiertan nuestra admiración.

No cabe, sin embargo, ilusionarse: estas hazañas, por lo demás raras, tuvieron mucha menor importancia en el progreso de la humanidad, que las multitudes de pirogas gracias a las cuales, en los tiempos de la piedra pulida y del bronce, puede decirse que se elabora, en las márgenes del Mediterráneo, aparentemente más precoz, el primer esquema de una civilización europea occidental.

# FRISO

**S**ILENCIO! ¡Ha sonado la hora mágica! Detened, momentáneamente, todo movimiento. Sostenéos sobre la punta de los pies, en perfecto equilibrio. ¿No oís? Es la flauta de Pan, que suena invitando a la danza. Sigámosle con su cortejo de faunos, ninfas, driadas y hamafriadas por los floridos senderos de la selva virgen. Y así, en rítmica carrera, subamos hasta alcanzar la elevada cumbre de la belleza inmortal.

¡Belleza! Bello ropaje con que la Vida se viste para ocultar sus llagas virulentas. Magnífica engalanadura, luciente peplo, tejido por la Diosa para ocultar su fría desnudez. ¿Qué sería la vida sin la belleza? Un pobre cuerpo raquítico y deforme, expuesto al bisturí tajante del cálculo frío, de la experiencia clínica. ¡Belleza! Eterna Dulcinea, la fama de cuya fermosura defiende con el brío de su lanza el caballero «de la Bella Figura»: el Arte.

¡Arte! Bella y mágica palabra a cuyo conjuro el ser humano, la vida toda se estremece de divina inquietud, de emoción sublime. ¿Cómo podríamos vivir sin esa inquietud, sin esa eterna búsqueda de la forma; sin esa conjunción de rasgos, de trazos dispersos, de formas errantes o estáticas captados por el genio del artista?

¡El Artista! ¡Bella misión la suya! Receptáculo de las más puras emociones estéticas, lira tendida a todos los vientos, el artista vierte sobre su siglo las emociones sentidas transformándolas, por obra de maravillosa alquimia, en obra de arte inmortal. ¿No sentís la influencia fascinadora de Mona Lisa con su sonrisa de Gioconda? ¿Es la Esfinge que habla, va ha revelarnos el profundo secreto de la vida.

¡La Vida! Raro complejo de realidades y quimeras. Piedra lanzada al infinito por algún gigante cósmico y sobre la que el Hombre adquiere con-

ciencia de sí mismo. Eterno arcano sobre el que se han vertido las hipótesis más opuestas y del que sabemos el «Cómo» pero, sobre el que fluctúa el «Por qué» como un interrogante eterno, cuya solución hemos de dejar para las generaciones futuras de una nueva humanidad.

¡Humanidad! Suprema conquista de la vida orgánica. Selección rara y exquisita de la fauna de la Era Cuaternaria. Protoplasma sujeto a las más variadas y bellas metamorfosis la Humanidad asumió, desde su aparición, la alta misión de desentrañar el enigma cósmico, y así, cual flecha lanzada sobre un punto (que huye siempre) la Humanidad busca, sin cesar, ese punto obscuro de su origen; trata de responder al interrogante abierto desde la infancia del Hombre.

¡Infancia del Hombre! Aratán, el más interesante de los que hace gala la humana especie. Bella crisálida prometedora de los más audaces y rítmicos vuelos, la infancia fué siempre la lucha, el cofrecillo mágico en el que todas las generaciones han depositado su testamento intelectual.

¡Silencio! ¡Ha sonado la hora trágica! Aprestaos para la lucha. ¿No oís? Es el grito de dolor de Prometeo, encadenado, que nos incita a la rebelión, a la conquista de lo bello, de lo humano. ¡Liberémosle! Seamos el Hércules de la leyenda. Matemos el buitro de la tiranía que devora sus entrañas. ¡Seamos intrépidos! Recojamos la antorcha que el divino Prometeo dejó caer, en su dolor, y con este bello y viviente símbolo de lucha y de belleza lancémonos a la conquista del fuego sagrado de la vida bella. Y así, en marcha triunfal y ritmo de conquista subamos hasta la Acrópolis y alcemos allí el Partenón al que la Humanidad venga, cual nuevas Panateneas, en viviente friso, a ofrendar a la Diosa Vida el peplo sagrado de la Libertad, de la Paz y del Amor.

Juan CANO RUIZ

# Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana

(Continuación)

283. «La Rivolta». Biblioteca de obras político-sociales. Roma. Revista de 16 páginas a dos columnas. Sólo reproduce viejos artículos. El primer número es del 30 de mayo 1945 y continúa hasta diciembre del mismo año. Redactor: Abogado G. Porreca.
284. «Germinal». Vocero libre de los libertarios separatistas de Sicilia. Sicilia. Número único que dice: «Dirigidos por todos y por ninguno». Corresponde a octubre de 1945, pero no lleva fecha ni lugar de publicación. Formato 22 x 28, cuatro páginas a dos columnas.
285. «Passione Rivoluzionaria». Número único. Florencia. Editado por los jóvenes anarquistas toscanos. Aparece a fines de 1945. Pequeño formato: cuatro páginas, tres columnas. Sin lugar ni fecha de publicación. Contiene una «Declaración» en la que se explica el por qué los jóvenes anarquistas son contrarios al «Frente Juvenil» constituido y mantenido por los comunistas.
286. «Sempre Avanti». Edición especial de la Federación Anarquista Liguria-Toscana. Livorno. Lleva la numeración progresiva del mismo periódico fundado en el 1891 por el abogado Pietro Gori: Año LV. Núm. 190. Aparece un solo número el 31 de agosto de 1945, en una hoja a cuatro columnas. Redactor: Giovanni Bandi.
287. «Il Mutuo Appoggio». F.A.I. Boletín de relación y discusión de la F.A.I. Milán. Reservado a los militantes de la Federación Anarquista Italiana. El primer número es el del 16 de abril de 1946. Al ser órgano de la Commissione di Corresponsenza de la F.A.I. cambia de localidad según la ciudad en que reside esta Comisión. Los dos primeros de Milán, son de formato pequeño. El tercer número aparece en Bologna, el 15 de abril de 1947, formato ligeramente mayor y cambia su título por el de:
288. «Bollettino Interno» del Movimiento Anarquista Italiano, a cargo de la Comisión de Relaciones de la F.A.I. Bologna. Aparece mensualmente hasta diciembre de 1948. Año 3. Núm. 7. A continuación modifica su formato por el de tipo revista de 16 páginas, hasta abril de 1950. En esta serie, que ha modificado de nuevo el subtítulo llamándose «Boletín Interior de la Federación Anarquista Italiana», aparecen dos números especiales, uno con el Informe del Congreso Anarquista de Livorno (año IV, número 4. Agosto-septiembre 1949) que tuvo lugar los días 23-24-25 de abril 1949 y el otro es dedicado al Congreso Anarquista Internacional realizado en París en noviembre de 1949. Después de una larga suspensión se reinicia su publicación en Milán, con el Informe del Congreso de Ancona, de los días 8, 9 y 10 de diciembre 1950, apareciendo en el mismo mes de diciembre. Esta nueva serie, a multicopista, es de 13 números. En noviembre de 1952 aparece en Turín un número impreso en 8 páginas, cuatro columnas, al objeto de preparar activamente el Congreso de Civitavecchia que había de celebrarse del 19 al 22 de marzo 1953.
289. «Bollettino Interno» de la Federación Anarquista Ita-
- liana. Torino. Aparece durante cinco números como suplemento del periódico «Seme Anarchico», a partir del 1 de noviembre de 1952, hasta marzo de 1953, bajo la dirección de Italo Garinei y de Ugo Fedeli. A partir del Congreso de Civitavecchia, en 1953, la Comisión se traslada a Boloña y el Boletín se edita en la misma localidad.
290. «La Frusta». De propaganda Anarquista. Teramo. Segunda serie. Inicia su publicación el 25 de agosto de 1946. Aparecen solo dos números, el segundo con fecha de 5 de abril de 1947. Es de hacer notar que muchos periódicos anarquistas aparecen con el cubierto de «números únicos» o con un número en mucho retardo sobre el precedente, porque no siempre obtienen la necesaria autorización. Redactor: Giobbe Sanchini.
291. «La Palestra dei Rebelli». Periódico anarquista. Florencia. Aparece el 6 de febrero 1946 en pequeño formato a cuatro páginas, tres columnas. Es de tendencia anti-F.A.I., individualista. Redactores: Lato Latini y Enzo Martucci.
292. «9 Luglió». Número único. Piombino. 9 de julio de 1946. Editado por la Federación Elbano-Maremmiana (F.A.I.) Cuatro páginas sobre cuatro columnas.
293. «La Voce Anarchica». Número único. Florencia, 8 de septiembre 1946. Cuatro páginas sobre tres columnas.
294. «L'Idée Libera». Periódico anarquista. Número Único. Florencia. 24 de junio de 1946. Cuatro páginas a tres columnas.
295. «La Favilla». Número único. Publicado por el grupo anarquista «Luigi Molinari». Mantova. 22 de septiembre de 1946. Por motivos de posibilidades con que contaba el redactor responsable, este número único se publicó como suplemento del periódico «Il Libertario» de Milán, en número especial para la provincia de Mantova. Cuatro páginas, formato de «Il Libertario».
296. «Gli Scamicciati». Periódico anarquista. Florencia, 12 de marzo de 1946. Número único. Pequeño formato. Cuatro páginas a tres columnas. Redactores: Lato Latini, Enzo Martucci.
297. «I Reprobi». Periódico anarquista. Florencia. 1.º de Mayo 1946. Número único. Pequeño formato. Seis páginas a dos columnas. Redactores: Lato Latini, Enzo Martucci.
298. «L'Anarchia». Número único. Florencia. 30 de mayo de 1946. Ocho páginas, formato y edición de los precedentes y los mismos redactores.
299. «L'Iconoclasta». Periódico anarquista individualista. Florencia. Número único; 5 de noviembre de 1946. A cuatro páginas con tres columnas, formato 25 x 34. Mismos redactores que los anteriores.
300. «Vértice». Periódico anarquista individualista. Florencia, 26 de enero de 1947. Número único. Mismos formato, páginas y redactores que los anteriores.

Ugo FEDELI

(Continuará)

## POETAS DE AYER Y DE HOY

E S P A Ñ A

Esto no lo podemos olvidar,  
España:  
tu día oscuro de odio  
tu noche roja de fuego  
tu tierra roja de sangre  
tu silencio lleno de gritos  
tu pueblo en el destierro  
delante y detrás de los Pirineos

Esto lo recordaremos siempre,  
España:  
tras la máscara  
el verdugo tiene miedo en los ojos  
mientras el tirano duerme  
velan los vengadores en la oscuridad  
tras los que caen  
se levante un muro de hombres  
bajo los puentes de la noche  
los dinamiteros esperan su hora

¡ Hermanos españoles en el exilio  
delante y detrás de los Pirineos!  
Vuestro destierro es nuestro exilio  
vuestros muertos nuestros muertos  
vuestro odio candente  
nos quema en las entrañas

Con tres cosas queremos por esto ayudaros:  
a no olvidar nunca lo imborrable  
a no perdonar jamás lo imperdonable  
a no tener que pasar demasiado tiempo frío  
a la sombra fría del verdugo

*A Federica Knäusel  
de St. Dyen. —*

*14. 1950*

# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

Floresta de leyendas heroicas españolas. (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último goda. Tomo I.

ZORRILLA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MELENDEZ VALDES.—Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

GARCÍA GUTIERREZ.—Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

JUAN PABLO FORNER.—Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Rodríguez Bordona.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CALDERÓN DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

LOPE DE VEGA.—«Poesías líricas». Tomo II. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe político cristiano». Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

LARA.—«Artículos políticos y sociales». Tomo III. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

QUINTANA.—«Poesías». Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

JUAN VALERA.—«Pepita Giménez». Prólogo y notas de Manuel Azaña.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe político cristiano». Tomo II. Prólogo y notas de García de Diego.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

«Floresta de leyendas heroicas españolas». Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

FEIJOO.—«Cartas eruditas». Prólogo y notas de Agustín Millares.

JUAN DE VALDES.—«Diálogo de la lengua». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo III. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ALONSO VALDES.—«Diálogo de las cosas ocurridas en Roma». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

BRETÓN DE LOS HERREROS.—Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

*Colección de «Clásicos castellanos»  
(antiguos clásicos «La Lectura»)  
a 300 francos el volumen*

CASTILLO SOLORZANO.—«La Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas». Prólogo y notas de Federico Ruíz Morcuendo.

ESPINEL.—«Vida de Marcos de Obregón». Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

BERCEO.—«Milagros de Nuestra Señora». Prólogo y notas de Antonio G. Solalindo.

LARRA.—«Artículos de costumbres». Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

SAAVEDRA FAJARDO.—«República literaria». Prólogo y notas de Vicente García Diego.

ESPRONCEDA.—«Poesías» y «El estudiante de Salamanca». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

FERNANDO DEL PULGAR.—«Claros varones de Castilla». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ESPRONCEDA.—«El Diablo Mundo». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

ESPINEL.—«Vida de Marcos Obregón». Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

LARRA.—«Artículos de crítica literaria y artística». Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

MONCADA.—«Exposición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos». Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—«El cántico espiritual». Prólogo y notas de Matías Martínez de Burgos.

QUEVEDO.—«Obras satíricas y fes-

tivas». Prólogo y notas de J. María Salvaverria.

SALAS BARBADILLO.—«La peregrinación sabia» y «El sagaz Estacio, marido examinado». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

MORATIN.—Teatro («La comedia llamada Eufemia»). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

JUAN DE LA CUEVA.—«El infamador», «Los siete infantes de Tara» y «El ejemplar poético». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

FERNANDEZ PEREZ DE GUZMAN.—«Generaciones y semblanzas». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

## LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

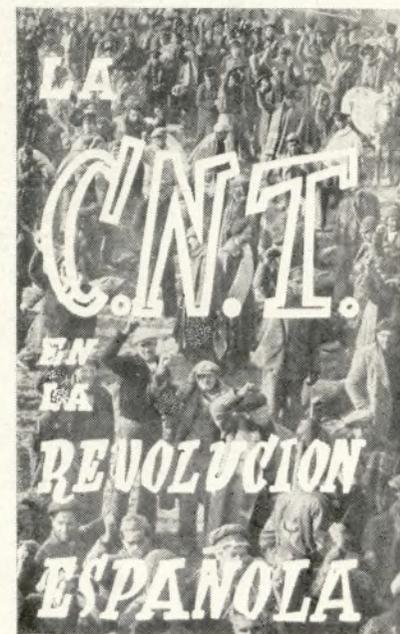
«El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

«El Apoyo Mutuo», de Kropotkine, 200 frs.

«Ética», de Kropotkine, 100 frs.

«El Pueblo», de Anselmo Lorenzo, 175 francos.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe, París (X). C.C.P. París 3308-09.



El libro que deben leer  
todos los estudiosos

Ayuntamiento de Madrid